

CORIOLANO ALBERINI

DATOS BIOBIBLIOGRAFICOS

Nace Coriolano Alberini el 27 de noviembre de 1886, en Milán, y a los tres meses de edad viene a la Argentina con sus padres, don Atilio Alberini y doña Pascualina de Alberini. Un hogar modesto en el bajo Belgrano, en Buenos Aires, entre casas modestas y casonas antiguas, con quintas y huertas, barrancas y baldíos forman el marco urbano y a la vez rural de la familia Alberini durante los primeros años de residencia en el país.

1894: comienza sus estudios primarios en la escuela Castro Murita, que estaba ubicada frente a la plaza Belgrano. A los doce años inicia el bachillerato en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en el alto Belgrano. Son años de mucha ciencia revuelta, de lecturas apasionadas, de discusiones que le daban vuelta a todo: las letras, las ciencias, la sociedad, el amor. El muchacho comenzaba a revelar un carácter fuerte, de dominio, que se reunía con sus compañeros para imponerse a ellos. Sus primeras lecturas: *Historia de Belgrano* de Mitre, el *Quijote*, *Los miserables* de Víctor Hugo, algunos dramas de Etchegaray, los libros de filosofía de Pierre Janet, la literatura social de la época, la *Simulación de la locura* de Ingenieros.

En 1906 inicia su formación juvenil ingresando simultáneamente en la Facultad de Filosofía y Letras y en la de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Realizó en esta última cuatro años de estudios. Durante el primer año obtuvo diez en todas las materias. Conoció allí el derecho romano, las doctrinas jurídicas de Jehring y Carlos Octavio Bunge, que le hizo conocer su libro sobre *El Derecho*. Estando cursando cuarto año se volvió definitivamente hacia la filosofía. Los estudios de derecho tenían una tendencia casi exclusivamente profesional y excesiva inclinación hacia el adiestramiento técnico, con olvido de las bases filosóficas que tales estudios poseen en Europa. Tuvo como profesores a José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Norberto Piñero, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Joaquín V. González, Del Valle Iberlucea y otros más. Eran hombres que pertenecían a la generación de 1896, que se habían formado en el clima cultural del positivismo, pero tenían cultura humanística por herencia de familia o adquirida a través de los viajes. Todos ellos presentaban rasgos y fisonomía espirituales bien diferenciados.

La Facultad de Filosofía a la que ingresó Coriolano Alberini en 1906, era una pequeña Facultad dentro de la Universidad de Buenos Aires. La llamaban la "cenicienta" de la Universidad. Había sido fundada en 1895, por obra de algunas figuras representativas de la generación de 1896. Sus profesores no eran hombres formados en filosofía, pero a falta de ellos en el país, se pusieron en la tarea de enseñar los conocimientos filosóficos que poseían, con el propósito de ir creando el ambiente propicio a tales estudios. Eran versados profesores en derecho, con alguna información filosófica, entre los que actuaban también algunos competentes profesores extranjeros. Enseñaban letras Calixto Oyuela, Francisco Capello, Antonio A. Porchiatti, Camilo Morel, Teófilo Wechsler, Ricardo E. Crauwel, Rómulo E. Martini, Pablo Cárdenas y Mauricio Nirestein. Servían las cátedras de historia: Samuel A. Lafone Quevedo, Robert Lehmann Nitsche, Antonio Dellapiani, Juan Agustín García, David Peña, Juan B. Ambrosetti, Enrique Del Valle Iberlucea y Héctor Juliáñez. La enseñanza de las ciencias geográficas la impartían Julio Lederer y Clemente L. Fregueiro. Las materias filosóficas las enseñaban Horacio Piñero, José Ingegneros (que por entonces firmaba así), José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Ernesto Quesada, Guillermo Keiper, Alejandro Korn, que era profesor suplente de historia de la filosofía, Carlos Saavedra Lamas (suplente de sociología), Enrique Rivarola (suplente de estética), Alfredo Ferreira (suplente de ética y metafísica), Carlos F. Melo (suplente de lógica), Carlos E. Zuberbülher (suplente de estética) y Francisco de Veyga (suplente de psicología), Carlos Octavio Bunge dictaba ciencia de la educación. Entre los condiscípulos de la época de Alberini, recordamos los nombres de Giusti, Gerchunoff, Leuhmann, Ravignani, Rivarola, Toval, Noé, Lafinur, Achával, Ypiña, Guasch Leguizamón, Bonet, Chelía, De Diego, Debenedetti.

Sus primeros trabajos: en 1908 publica en la revista *Nosotros*, que dirigían Bianchi y Giusti, su primer artículo de real esfuerzo, *Amoralismo subjetivo*. En ese mismo año, en la cátedra de Sociología que dictaba el doctor Ernesto Quesada, realiza otro trabajo sobre *La raza en el fenómeno económico*. Este trabajo fue publicado en la *Revista de la Universidad* en 1911, con el nombre de *El arianismo histórico y la economía social*.

En 1911 dio su examen final y continúa ligado a la vida universitaria a través de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, la que dirige por varios años, desde 1912 hasta 1924. Durante esos años en la redacción de la Revista descubre a Croce y Gentile. Cuando Ortega y Gasset vino por primera vez al país, Alberini tenía su cultura filosófica a medio asentar todavía. La presencia del maestro español significó para él un impulso decisivo. Algunos años antes, en 1907 y 1908 había tratado intensamente al Dr. Félix Krüger, especialista alemán en psicología, que le introdujo en el conocimiento de Wundt, Dilthey, los neokantianos alemanes y la nueva psicología.

Participa activamente en 1917 en el *Movimiento Novecentista*, juntamente con Alejandro Korn, como orientadores de los jóvenes, que agudizan su actitud antipositivista y defienden las orientaciones filosóficas de origen idealista. Este movimiento se diluye en 1918 en el de la *Reforma Universita-*

ria, de la que Alberini fue siempre un firme sostenedor. Lanzó la candidatura de Alejandro Korn como primer decano de la nueva época y la apoyó la opinión de los estudiantes. Otro tanto ocurrió después con Ricardo Rojas. El primero ocupó el cargo desde 1918 hasta 1921; el segundo desde 1921 hasta 1924; y después viene el primer decanato de Alberini, que alcanza hasta 1928 y luego, en forma alternada, durante dos períodos más, hasta 1940.

Durante los decanatos de Korn y de Rojas (1918-1924), la labor de Alberini fue tesonera. Era miembro del Consejo Directivo de la Facultad y no perdía de vista la tercera dimensión —la profundidad— en la renovación universitaria. Desde 1921 a 1923 fue Alberini vicedecano de la Facultad y desde 1923 hasta 1925, delegado ante el Consejo Superior de la Universidad. Intervino activamente en la reforma del plan de estudios de la Facultad, que entró en plena vigencia en 1924, con la creación del quinto año de estudios y la organización de la sección de didáctica.

En 1920 comenzó su docencia filosófica en la Facultad, cuando lo nombran profesor de Introducción a la Filosofía, creándose la cátedra a iniciativa de los profesores Christofredo Jacob y Ernesto Quesada. En 1921 entra a enseñar psicología como profesor titular de la cátedra. Desde 1918 venía desempeñándose como profesor adjunto. Y desde 1923 atiende la cátedra de gnosología y metafísica en la Facultad de Humanidades de La Plata. Durante más de veinticinco años se mantiene en el centro de la docencia filosófica argentina, y a su alrededor se han tejido muchos de los hilos culturales de una época de la cultura argentina. Se puede decir que fue uno de los portaestandartes de su época. Dictaba filosofía en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

La docencia filosófica de Alberini difundió las obras de Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, *Materia y memoria*, *Evolución creadora* y, en los últimos años, *Las dos fuentes de la moral y la religión*. Daba a conocer en sus lecciones el pensamiento de Boutroux, Brunschwig, Blondel, Croce, Gentile, Royce, James, Le Roy, Lachelier, Ravaisson, Mach, Weber, Meyerson, Cournot y tantos otros eminentes filósofos contemporáneos. Todo ello en una época durante la cual el ambiente filosófico estaba impregnado del positivismo de Spencer, Comte, Haeckel, Büchner y Le Dantec.

En 1927 representó a la Argentina en el Congreso de Filosofía de Harvard y en 1930 viajó a Alemania, donde pronunció una serie de conferencias sobre la influencia de la filosofía alemana en la Argentina. Estas conferencias fueron publicadas con el nombre de *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, prólogo de Alberto Einstein.

La intensísima labor docente le valió a Coriolano Alberini numerosas distinciones honrosas, entre las que recordamos: Miembro del Comité de redacción del *Journal de Psychologie Normal et Pathologique*, de París; de la sociedad de Antropología de París, de la Sociedad filosófica peruana; Oficial de la Legión de Honor, Comendador de la Corona de Italia, Doctor honoris causa de la Universidad de Leipzig, Miembro de la Academia de Filosofía y Letras de la Argentina.

En el verano de 1943-44, estando en las playas de Mar del Plata, sufre

inesperadamente un ataque de hemiplejía, que lo obliga a retirarse de la enseñanza activa. Renuncia a sus cátedras en 1946, recogándose a la vida privada. Desaparece el 18 de octubre de 1960 en Buenos Aires, la ciudad donde siempre había vivido.

Entre sus trabajos figuran: *El amoralismo subjetivo* (1908), publicado en la revista *Nosotros*; *El arianismo histórico y la economía social* (1903) que aparece en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* en 1911; *La pedagogía de William James*, que dio a conocer en 1912 en los *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*. También un examen crítico del libro de Carlos Octavio Bunge *Le droit c'est la force*. Otros estudios de Alberini son: *El pragmatismo*, en los *Anales del Instituto de Enseñanza General* (1912); *La pedagogía de Ardigó*, en el *Monitor de Educación Común* (1914); *La sociología de Maupas*, en la revista *Nosotros* (1912); *Teoría del juicio sintético a priori*, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (1911).

A partir de su incorporación como profesor adjunto en la cátedra de Psicología en 1918 y de Introducción a la Filosofía en 1920, Alberini da a conocer una serie de trabajos extensos, nunca reunidos en volumen, entre los que hay que mencionar su *Introducción a la axiogenia*, publicado en la revista de *Humanidades* de La Plata en 1921, aunque data de 1919; *El problema ético en la filosofía de Bergson*, publicado en "La Prensa", en 1925; *La reforma epistemológica de Einstein*, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1925; *La filosofía y las relaciones internacionales*, en la revista *Síntesis*, 1927; *El físico Langevin*, en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1927; *Arturo Farinelli*, en la revista *Verbum*, 1925; *Contemporary Philosophy Tendencies in South America*, en la revista "The Monist", 1927; *Waldo Franck en la Facultad de Filosofía y Letras*, en la revista *Síntesis*, 1929; *Keyserling, ensayo crítico*, en el diario *Crítica*, 1929; *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, libro, en Berlín, 1930; *La metafísica de Alberdi*, en los *Archivos de la Universidad de Buenos Aires*, 1934; *English influences in culture and thought*, en la revista *Philosophy to day*, Londres, 1928; *La patria en la Universidad*, edic. privada, Buenos Aires, 1941; *La cultura filosófica en la Argentina*, en las *Actas del Primer Congreso Argentino de Filosofía*, Mendoza, 1949; *Génesis y evolución del pensamiento argentino*, en *Cuaderno de Filosofía*, N° 7, Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1953; *Croce y la metafísica de la libertad*, en *Anales del Instituto de literatura italiana*, Buenos Aires, 1955; *Educación filosófica en la Argentina*, prólogo del libro *Cincuenta años de filosofía argentina*, de Luis Farré, 1958. Además de todos estos trabajos figuran varias monografías inéditas, así como numerosas conferencias y discursos, pronunciados en los centros culturales más importantes del país y el extranjero, a contar de 1915.

EL PENSAMIENTO EPISTEMOLOGICO DE ALBERINI

El pensamiento epistemológico de Coriolano Alberini aparece desarrollado en varios trabajos, entre los cuales encontramos *La reforma epistemoló-*

gica de Einstein, Paul Langevin, Inauguración del curso de epistemología e historia de las ciencias, La epistemología y la cultura filosófica en la Argentina. Según Alberini esta disciplina tiene un contorno impreciso, como en general ocurre con todas las disciplinas filosóficas. Se la ha identificado con la lógica, llamándola "lógica de las ciencias", con la filosofía denominándola "filosofía de las ciencias", con la "psicología superior", con la gnoseología y la metafísica, y hasta con la misma ciencia positiva. Alberini se refiere a esta situación en estos términos: "No obstante tratarse de un término bastante difundido, máxime en nuestros días, la palabra tiene un significado por demás elástico, cuando no demasiado angosto. Algunos autores emplean el término como sinónimo de gnoseología, esto es, la parte de la filosofía que estudia el valor del conocimiento humano en general. A manera de ejemplo mencionaremos la *Crítica de la razón pura*, de Kant. En tal caso el vocablo fuera totalmente superfluo. Otros dicen "filosofía de la ciencia". La expresión es un tanto equívoca. Puede significar una metafísica de la ciencia petrificada, más o menos ambiciosa, fundada sobre los datos más generales de la ciencia positiva. Ejemplo cabal de ello lo hallamos en la doctrina de Wundt, en la cual se habla de una metafísica como disciplina que se encarga de darnos una complementación hipotética de la ciencia. Otros prefieren designar, con la palabra epistemología, una reflexión crítica sobre la índole del conocimiento científico. No menos difundido es llamar epistemología a algo más o menos identificable con la ciencia positiva. También se la llama "psicología de ciencia", y, por último, otros la denominan "lógica de la ciencia". Alberini toma el término en su significación limitada y le da como característica esencial un elemento concreto, a tal punto que, sin ese elemento, la epistemología sería, en realidad, poco interesante desde el punto de vista filosófico. Ese elemento está constituido por la ciencia que se ha hecho y se hace. Esta debe ser el material de la epistemología.

Para fijar el concepto de esta disciplina filosófica, Alberini considera que el camino más atinado es estudiar sus caracteres en las llamadas obras de epistemología, especialmente en los autores más autorizados. ¿De qué se ocupan los libros de los epistemólogos? Nuestro autor responde diciendo que "si examinamos las obras de los epistemólogos antes aludidos, notaríamos que sus temas cardinales serían más o menos los siguientes: 1) caracteres específicos de la verdad positiva científica en general; 2) estructura formal de la ciencia positiva; 3) fundamento de la metodología inventiva; 4) ilustración histórica de los temas (1). Además de estos temas figuran otros, tales como el de los límites del conocimiento científico y el de la esencia y valor de la ciencia, o para hablar con más rigor, de las ciencias, puesto que lo que existe son las ciencias y no la ciencia. Dentro de esos temas están los problemas conexos, que son muchos por cierto. Mencionemos algunos: la metodología, el principio de legalidad, el de causalidad, el determinismo, la contingencia, el azar, el probabilismo, la cantidad, la calidad, la métrica, monismo y pluralismo, la semántica científica, el análisis de los instrumentos simbólicos de las

1. Coroliano Alberini: *La epistemología y la cultura filosófica argentina*. Inédito.

ciencias, etc. Y el no menos importante de la vinculación de los problemas de la filosofía en general. La epistemología no estudia esos problemas en forma abstracta, como podría hacerlo la lógica en algunos casos, sino en forma concreta, apoyándose en las ciencias.

Dos caracteres señala Alberini en su intento de precisar el concepto de epistemología. El primero: "Sólo se ocupa de la verdad acerca de la verdad científica, y nada más que la verdad científica. La epistemología y la gnoseología se ocupan de la verdad; pero la verdad en gnoseología, sin duda, se ocupa de la verdad sobre la verdad. No toda verdad interesa a la epistemología, pues, ya lo dijimos, aquí solo interesa considerar la esencia de la verdad estrictamente científica. No discutamos —añade Alberini— si es legítimo hablar en matemáticas de verdad y no de mero rigor abstracto formal. Ya se sabe que la idea de verdad es inseparable de la realidad. La verdad no puede ser sino verdad de lo real. Pero esta discusión no altera el concepto de epistemología. Existe una epistemología de las matemáticas, y no habrá ningún inconveniente en hablar de la verdad formal. Ya se sabe que la idea de verdad es inseparable de la realidad. La verdad no puede ser sino verdad de lo real. Pero esta discusión no altera el concepto de epistemología, y no habrá inconveniente en hablar de la verdad formal de las matemáticas". La epistemología resulta así la ciencia de la ciencia. Como ciencia reflexiva y segunda es la autoconciencia de la primera. Su labor consiste en un ver por dentro las verdades científicas, lo cual supone aptitudes muy distintas de la de los científicos puros. La ciencia se presenta entonces como problema filosófico, en cuanto es preciso hacerle la radiografía, por decirlo así, de su estructura interna. Otro rasgo importante presenta la epistemología, al que Alberini se refiere en estos términos: "...la epistemología indaga, en forma especial el mecanismo y valor de la verdad científica en un terreno extremadamente concreto, vale decir, a la luz de las ciencias positivas. El epistemólogo debe sorprender al sabio con las manos en la masa, diremos así. No se puede ser, no se debe ser epistemólogo si no se es, en primer lugar, hombre de gran cultura en materia de ciencias positivas, máxime en punto a matemáticas y ciencias de la naturaleza orgánica. De las disciplinas biológicas y de las de la humanidad, poco o nada se ocupan los llamados epistemólogos. No basta tener cultura más o menos lógica o gnoseológica en el caso del examen de las nociones de concepto, juicio o raciocinio, etc., desde el punto de vista epistemológico. Es menester algo más directo, es decir, ver cómo se hace, cómo funcionan esos conceptos en matemáticas, en ciencias de la naturaleza y en ciencias de la humanidad. Una cosa es un invento matemático de Poincaré y otra, muy otra, la reflexión epistemológica que sobre este invento hace el gran matemático francés. Una prestigiosa teoría epistemológica creada por un filósofo puro, puede muy bien coincidir con la creada por un epistemólogo propiamente dicho. Tal es el caso de un Boutroux, cuya doctrina gnoseológica guarda profunda afinidad con la doctrina epistemológica de Poincaré; la de Meyerson que está vinculada con la de Bergson; la de Croce con la de Duhem y tantos otros casos. Pero lo importante es la especificidad del camino concreto, aunque limitado, seguido por el epistemólogo, tal

como aquí se le concibe". Según se advierte, el contenido concreto o materia de reflexión de la epistemología, hace que Alberini conciba epistemologías especiales, puesto que ese material está formado por las ciencias. Combate, en cambio las deducciones filosóficas abstractas sobre la ciencia. Los que las practican se parecen a esos personajes de pista de circo: levantan enormes pesas, pero cuando están vacías. Unos lo hacen con más pericia que otros. Son los hércules de la deducción infinita... Semejante filosofismo suele acabar en retórica fuliginosa, así sea azul y abundante, en vagas síntesis globales que nada tienen que ver con la epistemología, que tiene que suscitar la conciencia de los más agudos problemas filosóficos en el seno de la ciencia, a la vez que fomentar la cultura científica en los filósofos. Cuando se pretende hacer epistemología sin formación científica, se levantan palacios dialécticos hermosos, pero inhabitables para las ciencias.

¿Qué relaciones mantiene la epistemología con las ciencias y la filosofía? Se puede ser un gran hombre de ciencia y sin embargo no tener garra filosófica. Se necesita que cavén muy hondo los filósofos y hombres de ciencia para que se encuentren. El problema de los fundamentos y la estructura de la ciencia da acceso a la filosofía, aunque no es el único camino. Es, eso sí, muy importante y de gran interés desde el punto de vista de la educación filosófica. Por lo menos no es tan peligroso como el literario. "Un epistemólogo —dice Alberini— no necesita ser él mismo un hombre de ciencia positiva; pero es menester que domine el mecanismo íntimo de las verdades científicas. Un hombre de ciencia es siempre un especialista, y eso no es suficiente para realizar investigaciones epistemológicas. Al epistemólogo le basta con el dominio erudito y crítico de las grandes hipótesis de los aspectos fundamentales de todas las ciencias, amén del profundo conocimiento histórico de la ciencia. Como ejemplo magnífico al respecto, basta mencionar la obra de Meyerson titulada: *La deducción relativista*, que es todo un análisis espectral de la teoría de Einstein, quien en carta publicada, reconoció el acierto de la obra. Ambas actitudes, o sea la epistemológica y la científica positiva, pueden no coincidir en el mismo espíritu. Si fuera necesario abundar en ejemplos, afanosos de huir de la vaguedad, y tomando modelo en otras disciplinas, diríamos que un Geny, maestro en epistemología jurídica, es hombre de derecho, sin duda, y de mucho prestigio; pero logró crear toda una disciplina tan importante como sus teorías jurídicas. Hay materias que exigen un doble saber. Por eso es difícil encontrar hombres que reúnan la aptitud para una forma de saber y la aptitud para reflexionar epistemológicamente sobre ese saber. Un profesor de Filosofía del Derecho tiene que saber Filosofía y Derecho. Un esteta puede muy bien no ser un artista. Goethe y Carducci, en cambio, son grandes críticos y grandes poetas. No así Víctor Hugo, que es, sin embargo, una gran poeta. En suma, cada uno tiene su *forma mentis*. Como dice un refrán italiano: "Dio non da tutto a tutti". Un Galileo, un Newton, un Einstein cambian conscientemente la postura epistemológica de la ciencia, porque además de ser físicos insignes, han sido filósofos. Pero no ocurre lo mismo con los especialistas ni menos aún con los subespecialistas".

En cuanto a las relaciones de la epistemología con las disciplinas afines, Alberini señala que no hay que buscar límites geométricos y tajantes. Prefiere lo que llama el criterio del acento criteriológico. La clasificación de las ciencias, establece una separación abstracta, como si una ciencia fuera algo excluyente de las otras ciencias. Sobre este aspecto, Alberini escribe: "La idea de límite hace surgir en la mente imágenes de objetos materiales, y aquí el problema se refiere a fenómenos mentales, es decir espirituales, que no admiten contornos geométricos. Nada más oportuno que repetir, una vez más la teoría de Pascal acerca del "esprit de finesse". Sólo así se puede evitar la espacialización de la realidad psicológica. Por ello, otro debe ser el criterio para caracterizar a la epistemología. He ahí por qué la noción de acento criteriológico nos permite dar personalidad a la epistemología. El acento sobre una vocal, no excluye la presencia y función de las letras no acentuadas; pero el organismo de la palabra cobra relieve en una parte inseparable de las otras. Podrá haber lógica, gnoseología, psicología, historia de las ciencias, ontología, etc., pero la epistemología no se confunde con ninguna de las disciplinas adláteres. Su rasgo esencial reside en el examen lógico o gnoseológico de los principios fundamentales de la ciencia positiva, mediante la presencia perenne de la realidad de la ciencia positiva que se ha hecho y se hace". Si se profundizan los fundamentos de las ciencias se llega a la filosofía, a la epistemología, y si se cava hondo en los problemas de ésta se arriba a la gnoseología y la metafísica. Estas disciplinas deben acompañarse entre sí, pero nunca negarse. Las ciencias en sus momentos de crisis de fundamentos, suelen enredarse en sus propios medios, como el guerrero que no puede moverse por exceso de armadura. La autoconciencia de sus verdades, la filosofía, las desenreda. Desde luego hablamos de la genuina filosofía, no de la pedantocracia al uso.

Otro de los rasgos, no menos esenciales, de la epistemología, según Alberini, es el espíritu histórico. Algunos especialistas dicen que no creen más que en hechos. Pero los hechos son de muchas clases y jerarquías. Los hechos deben ser interpretados. Unamuno decía de aquéllos que proceden con los hechos como con las ostras, se los comen crudos. Y el no saberlo les lleva a una especie de ignorancia enciclopédica. La historia de la ciencia da una visión genética del conocimiento científico, precisamente para comprender mejor la actualidad de las ciencias. Alberini dice a este respecto: "La historia de la ciencia puede ser interna o externa. Como se comprende, interesa fundamentalmente la historia epistemológica de la ciencia, es decir, la historia interna, siempre entrelazada con la historia de la filosofía y de la cultura en general. Tocante a la historia externa, nada más útil que la evocación de los grandes descubrimientos científicos; pero esta historia no es la que más interesa. Ejemplos típicos de verdadera historia interna, esto es, epistemológica, hallamos en la *Mecánica* de Mach, y en el *Sistema del Mundo* (de Platón a Copérnico), de Duhem; del mismo autor *La teoría física de Platón a Galileo*; y *La ciencia helénica* de Paul Tannery. Interesa la historia de la ciencia cuando se trata de grandes descubrimientos y creaciones científicas, tan grandes que fatalmente modifican la posición epistemológica de la ciencia. Tal

es el caso de un Galileo, de un Newton, de un Einstein". Hay que desistir de hacer ciencia con métodos metafísicos, para no caer en los errores veniales de Hegel, mas no hay que renegar de la conciencia filosófica y sus problemas, entre los que figuran el de la conciencia filosófica del saber científico. Esa conciencia obliga a bajar de la torre del especialismo y a otear el infinito, a cultivar en lo posible la ciencia pura y la filosofía. La conciencia aguda y vigilante de la propia limitación y la singularidad de la propia *forma mentis*, invita a armonizar con otras, en una especie de sinfonía cultural. Y además hasta podríamos decir que es el fundamento metafísico de la modestia.

En resumen: Alberini encierra su concepción de la epistemología en la siguiente definición: "La epistemología es la parte de la gnoseología que estudia, en forma concreta e histórica, la estructura, el valor y los límites de las ciencias positivas".

La epistemología y la unidad de la cultura

La epistemología trasciende a las ciencias particulares y nos presenta una primera unificación que ya no es ciencia, sino filosofía. ¿Qué significa unidad de las ciencias? En su trabajo sobre Paul Langevin, Alberini contesta a nuestro interrogante de este modo: "Por lo general, los que de tal cosa hablan (unidad de las ciencias), suelen profesar una especie de monismo metafísico implícito pues disuelven toda la realidad, tanto biológica como espiritual, en las formas inferiores del ser, concebido a través del esquema mecánico. Entonces ocurre que la unidad de la ciencia descansa en el postulado de la unidad racional del ser, tesis decididamente ontológica, pues no admite posibilidad de prueba empírica. La experiencia, cosa por demás limitada, es humana, y sólo se funda en la observación de un número de casos, el cual, aun cuando sea grande, siempre resultará exiguo comparado con el de los casos posibles. Explícate así que la ciencia, en el sentido estricto del término, supone un orden natural mecánico susceptible de formulación mecánica. Por ende, no es extraño que sea así como la hija empírica de la metafísica del racionalismo mecanicista... Este, con su ansia de unidad estática, se halla, pues, en los fundamentos mismos del espíritu científico, cuya esencia consiste en organizar los hechos en torno de la idea de necesidad. Poco importa que una teoría científica de mejor contenido empírico suceda a otra, negada o perfeccionada. En definitiva, siempre se trata de una nueva victoria obtenida en el concepto de unificación mecánica de la realidad. El cálculo es el órgano más perfecto de ese ideal unitario, y ya sabemos que no hay matemática si no se admite el principio de identidad. De todo ello se colige que cuando un hombre de ciencia se empeña en salir de su especialismo, ya deja de ser hombre de ciencia para convertirse en filósofo, y precisamente por ello suele caer en las formas más anacrónicas del dogmatismo. Sólo podría salvarle una seria cultura histórico-filosófica. Explícate así lo lamentable de ciertas construcciones metafísicas del científicismo corriente, pues bajo la apariencia de construir sobre base filosófica no se hace sino extraponer banalmente, con gruesa lógica formal, los resultados de la propia ciencia. En otros términos:

la ciencia que ellos generalizan filosóficamente no es toda la ciencia, y aún siendo toda, sería un *mínimum* de la ciencia posible. Extrapolan los resultados de ciencias en las cuales no son especialistas. Es natural entonces que las filosofías científicas, si bien se mira, están fundadas en un *mínimum* de ciencia personal, ya que la ciencia restante es adquirida merced a informes sobre la obra ajena, amén de que no se comprende cómo un resumen elaborado con los principios de todas las ciencias, dejaría de ser un mero resumen, aun cuando sus cultores pretendan llamarle sistema". Y cosa curiosa: "las construcciones de la metafísica científicista son anteriores a la formación de la ciencia y es fácil reconocerlas en los archivos de la historia de la filosofía. La epistemología representa, en cambio, la autoconciencia de la ciencia, que al realizarse va iluminando sus propios procedimientos. Por eso los epistemólogos, además de hombres de ciencia, son filósofos, y antes de lanzarse a cualquier aventura ontológica o del pensamiento estudian la teoría del conocimiento y le quitan a la ciencia los elementos metafísicos ingenuos y subrepticios".

La epistemología deja, por decirlo así, en el umbral de la filosofía superior, ya que es el primer paso hacia la unidad orgánica de la cultura. Esta, considerada teóricamente, es una, y su unidad se funda en la unidad del espíritu humano. La esencia de la cultura, a su vez, es la filosofía, que fomenta el sentido de la unidad de la cultura. También la filosofía es una ciencia a su modo: se enseña y se aprende, es susceptible de desarrollo y aplicación y hay en ella lenta acumulación de verdades progresivamente demostradas. La epistemología que es el primer grado de la unidad de la cultura, sirve para penetrar en otras disciplinas filosóficas. Todos los temas de la epistemología conducen a la gnoseología y la metafísica. A veces aquella disciplina ha desempeñado el papel de abogado del diablo, pues sirvió para roer la petrificación del dogmatismo mecanicista en sus formas hiperbólicas y demasiado generalizadas. Alberini no acepta lo que Hegel dió en llamar el "espíritu objetivo". ¡Pamplinas! El espíritu es siempre subjetivo e individual, meollo de la personalidad, cuya unidad es como el hilo con respecto a las cuentas del collar, que representan los actos humanos. A su vez la unidad del espíritu es la base de la unidad de la cultura. Los que no comprenden esto sacrifican la ciencia para salvar el espíritu o sacrifican el espíritu para salvar la ciencia. ¿Pero por qué sólo lo que interesa al hombre social, moral y religioso ha de interesar? Eso significaría confundir el espíritu humano con una de sus posiciones. Y la personalidad se caracteriza por ser autoeficiente y pensante. El espíritu es superior a cualquiera de sus afirmaciones, inclusive la de la ciencia y la filosofía, aunque no para los espíritus dogmáticos y en cierto modo automáticos. Ninguna filosofía ni ninguna ciencia puede existir ni afirmar implícita o explícitamente la realidad del órgano que las hace posible. Es absurdo, por ende, negar el valor cognoscitivo de la razón humana. Sin ella no es posible pensar la realidad de la universalidad de lo irracional. No es sorprendente decir con el nominalismo que todo devenir del ser implica el ser del devenir. Otro tanto acontece con los que niegan la libertad metafísica. Se diría que se toman la implícita libertad de negar la libertad espiritual. Los que afirman una concepción general de la mecánica universal,

y por ende del hombre, tienen que admitir que ese punto de la realidad que se llama el espíritu no es mecánico. El hombre es un animal metafísico, poco importa que, a veces, el sustantivo se convierta en adjetivo... ¿Acaso hay atributos más específicos de los que hemos mencionado? ¿Acaso no hacen ellos que el hombre se transfigure en persona? La personalidad humana, por ser tal, tiene siempre, de tal o cual manera, el sentimiento de lo absoluto. Es el sentimiento de lo infinito que, según Fleaubert, podría ser en negro o en azul. Más allá está lo indefinido. ¿Trata Alberini de imponernos un sistema filosófico? No, por cierto. Lo primordial es la conciencia de los problemas que más interesan al hombre. En ese terreno todos nos podemos encontrar. Aparte la dosis de dogmatismo legítimo e indispensable, el espíritu es, según nuestro autor, superior a sus afirmaciones, pues existe un progreso continuo, por lo menos en materia científica y filosófica.

La Reforma Epistemológica de Einstein

Alberini ha tenido el honor, excepcional, de hablar de la cuestión de la relatividad con Einstein, Bergson, Meyerson y Langevin. No estaban de acuerdo entre sí, porque los enfoques eran diferentes. Einstein encaraba el asunto desde el punto de vista de la ciencia física; Bergson lo hacía desde el ángulo metafísico y en función de su filosofía; y Meyerson y Langevin, consideraban la relatividad como epistemólogos. Alberini ha mantenido una lucha constante en busca de la claridad. Nunca quiso pasar por profundo de puro obscuro. Los filósofos suelen ser oscuros a causa de la ideación espesa, de la poca concentración de la conciencia o de la mala educación literaria. Cuando la obscuridad es inevitable, hay que tener conciencia de esa obscuridad. Ciertamente es que el genio es a veces obscuro, ya que la innovación y lo nuevo generado puede ser superior a la forma expresiva. Cabe entonces tolerársela, pero no al profesor de filosofía, que por fuerza tiene que ser más claro que los textos filosóficos. De lo contrario, ¿para qué sirve el profesor? "Un profesor obscuro hace recordar las esponjas viejas, que siempre enturbian y ensucian el agua clara". Con mayor razón, si los textos son de suyo oscuros.

Con claridad penetrante, Alberini se ocupó de la reforma epistemológica de Einstein en 1925, en ocasión de la visita del sabio a la Argentina. En el trabajo que escribiera entonces (2) trató de ponerse en claro él mismo con respecto a la cuestión antes de ponerse a escribir. Para Alberini la teoría de Einstein es el resultado, "el fruto supremo del gran fermento epistemológico de los últimos treinta años, fermento cuyo comienzo coincide precisamente con la decadencia del positivismo, ya que la reacción epistemológica refleja la crisis de los axiomas del mecanicismo, directa o indirectamente prohibidos por la ortodoxia positivista". El elemento cardinal de la reforma de Einstein consiste, a su modo de ver, en haber creado una nueva manera de medir la realidad inorgánica. "Antes —escribe Alberini—, la métrica, fin pri-

2. Coriolano Alberini: *La reforma epistemológica de Einstein*. En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo II, pág. 7 y ss. 1924. Buenos Aires.

mordial de la ciencia digna de este nombre, postulaba un espacio absoluto, inmóvil, independiente del contenido empírico y separado del tiempo; ahora, por obra de Einstein, disponemos de una métrica fundada en una física que subordina la geometría a la realidad, y para la cual, por lo tanto, nada es el espacio que no se conciba como diferenciación geométrica de la extensión concreta. En suma: un espacio sin materia, por exento de propiedades métricas, carece ya de importancia para la física. Con razón ha dicho Einstein que su teoría tiene desenvolvimiento matemático, pero no base matemática. Esta reforma, tan simple en substancia, ha dado a la física una coherencia y una fecundidad relevantes. No se busque, pues, la innovación de Einstein en haber cambiado el fin de la ciencia para trocársela en filosofía, como quieren algunos. No; tanto en la ciencia de Newton como en la de Einstein el fin es el mismo: dominar métricamente la realidad fenoménica. Sólo que nuestro sabio halló una métrica tan refinada y flexible que permite infundir a la física un poder de unidad y previsión antes desconocido". Alberini insiste en que la ciencia nunca ha sido más ciencia que en manos de Einstein. Es un error creer que su teoría de la relatividad encierra una criptometafísica, como han creído muchos críticos y comentaristas.

¿Cuáles son las relaciones de la teoría de la relatividad con la filosofía? Es indudable que esas relaciones se establecen con la epistemología. "Mucho se ha escrito sobre el tema —dice Alberini—. Baste mencionar los trabajos de Bergson, Whitehead, Eddington, Weyl, Haldane, Winton Carr, Aliotta, Casirer, Meyerson, Reichenbach, etc. Nos consta que Einstein no participa de las conclusiones de sus filósofos, aun en el caso de que estos sean sus mejores discípulos, como ocurre con Weyl y Eddington. Acaso profese a lo sumo alguna estimación por Reichenbach; por lo demás, observa mucha prudencia en cuanto a los problemas cardinales de la metafísica y la gnoseología. No elude, en cambio, el punto de vista epistemológico. Su célebre disertación sobre *La geometría y la experiencia* es lo más explícito que haya manifestado tocante a la naturaleza del conocimiento científico. No me atrevería a ser demasiado afirmativo, pero presumo que, por lo que respecta al fondo mismo de la cuestión, su pensamiento no es categórico. En general a juzgar por el espíritu de su obra, Einstein admite una realidad agnóstica de estructura racional objetiva, pues para él, como ya lo dije, las leyes de la realidad están en la realidad misma; y la llamo agnóstica porque la estructura matemática de la relatividad no agota el Ser. Sin embargo, este racionalismo de Einstein no parece absoluto, dados sus elogios tibios del pragmatismo tibio de Poincaré, que, como se sabe, erige el principio de comodidad en criterio de verdad científica, no viendo en los axiomas de la geometría sino meras definiciones disfrazadas, en última instancia reductibles a convenciones libremente creadas por el espíritu del sabio. Einstein no parece profesar ni el racionalismo absoluto de Leibniz, y mucho menos el apriorismo formal de Kant; y sin embargo, no me atrevería a afirmar resueltamente su adhesión al pragmatismo del mencionado matemático francés. En punto a gnoseología es más fácil determinar lo que Einstein niega que lo que afirma. Lo prueba el que repudie los escapes de idealismo vagamente kantiano de su gran discípulo inglés Eddington, quien ve en la doctrina de la relatividad una teo-

ría de la estructura como obra del espíritu. La misma negativa opone Einstein a su otro gran discípulo, el suizo Weyl, el cual insinúa el punto de vista del neorealismo de Husserl". Como se ve, para Alberini la gloria de Einstein es fundamentalmente científica. Si bien tiene conciencia epistemológica de los cambios de fundamentos que han introducido en la ciencia física, y los discute y analiza, no penetra en el terreno gnoseológico y metafísico, ya muy alejados de su saber especializado. El problema de querer representarse la naturaleza de los objetos, de estudiar el orden de los mismos a través de medios que son los conceptos y las palabras, el intento de estudiar la realidad absoluta, que es el anhelo de la metafísica, están completamente fuera de los propósitos de Einstein. Todos éstos son problemas filosóficos y no físicos.

Antes de Einstein se aceptaba como indiscutible el principio de Newton: La ciencia está fundada en la noción de medida, que a su vez implica la idea de una rigidez invariable. Einstein rechaza tal principio en virtud de los siguientes postulados: 1) No hay espacio absoluto. Antes de Einstein se admitía la existencia de un punto inmóvil, desde el cual podían hacerse medidas. Einstein demuestra que no se puede medir un punto sino en función de otro. Por ejemplo, si una persona desea subir al décimo piso de una casa y toma un ascensor y sobre su hombro se halla posada una mosca y sobre ésta un microbio, la medida del movimiento variará según el punto en que nos ubiquemos: el microbio se moverá en función de la mosca y ésta en función del hombre, el ascensor, etc. Otro ejemplo: si un hombre está ubicado en el Sol, y oye un sonido de la Tierra, al medirse la distancia que los separa, ésta no será invariable siempre porque si realizamos la medición cinco minutos después, nos encontraremos con distancias distintas, porque el Sol y la tierra se han movido. Un ejemplo más: si al despertarme una mañana, todas las cosas han aumentado mil veces su dimensión, el mundo permanecerá semejante a sí mismo, y las medidas más precisas serán incapaces de revelarme esta gran transformación; sólo la percibirían aquellos que razonaran como si el espacio fuese absoluto, es decir, como si el espacio tuviese un solo valor y no infinitos valores que varían según el caso y las circunstancias. La misma distancia, pues —cinco metros—, no tiene un valor permanente, porque si el mundo físico aumentara mil veces en todas sus proporciones los cinco metros serían una insignificancia como tamaño o como espacio. 2) No hay tiempo absoluto. La velocidad presiona sobre el tiempo y lo modifica, de manera que, cuando mayor es la velocidad, mayor es la deformación del tiempo. Ejemplo: Si dos personas munidas de cronómetros perfectos los ponen iguales al segundo, y uno de ellos parte en un movíl fantástico a la velocidad de la luz solar, encontrándose al cabo de dos años, el sentido común nos dice que los dos relojes marcarán la misma hora, pero Einstein demuestra que para la persona que quedó en el lugar de partida, habrán transcurrido sólo dos años; y para la que partió, 200 años. Quiere decir que la velocidad ha deformado el tiempo y que la forma de un objeto o un tiempo transcurrido cualquiera, se halla en función de su velocidad. 3) No hay medida invariable. El metro es idealmente invariable, pero empíricamente no hay dos metros iguales, porque en realidad no hay nada idéntico a nada. Dos metros fabricados con el más rígido metal no serían idénticos; así como el punto desde el cual medi-

mos no es inmóvil (a cada segundo estamos a diferente distancia del Sol), el metro con el cual medimos, no es tampoco invariable. 4) No existen líneas rectas. Sólo hay líneas curvas, porque hay puntos gravitatorios. Los rayos de luz que vienen del Sol sufren también una oblicuación. Cuanto más largas son las líneas, más curvas son. Si tomamos una línea curva y la dividimos infinitesimalmente, cada uno de los segmentos será una recta. Y si sumamos pequeñas rectas por medio del cálculo integral, tendremos que la suma es una línea curva.

A primera vista pareciera que Einstein es el que mejor está en condiciones para aclararnos las repercusiones filosóficas de su doctrina de la relatividad. Alberini no participa de esta opinión común. Desde el punto de vista gnoseológico, pudiera muy bien ocurrir que Einstein encuentre, como Newton, su Kant. "De cualquier modo, dice Alberini, el terreno está bien preparado para discutir las relaciones entre la filosofía y la ciencia; y esto se lo debemos a Einstein, cuyo célebre principio ha dado al conocimiento científico una trascendencia epistemológica jamás lograda. Esta es, en mi sentir, la ventaja filosófica menos discutible que ofrece la teoría de la relatividad. Clara resulta la posición de la filosofía frente a la ciencia, así sea ésta la más perfecta, siempre que reconozcamos que una cosa es la relatividad como materia de reflexión filosófica y otra muy distinta la tendencia a erigirla en filosofía. La relatividad no puede ser metafísica, como que nada nos dice de la naturaleza última de las cosas; no puede ser tampoco gnoseología general, como que no plantea explícitamente el problema de las relaciones entre sujeto y objeto; por último, en cuanto a los fundamentos de las ciencias, ya hemos visto que adopta, sin discutirla, la posición del realismo racionalista agnóstico con complicaciones un tanto pragmatistas. Y es natural que así sea, puesto que, en su carácter de teoría exclusivamente física, le basta con la esquematización matemática de una realidad cuya postrer esencia no aspira a penetrar. Huelga, pues, asegurar una vez más que la teoría de Einstein deja intactos los clásicos problemas de la filosofía, lo cual no excluye —entiéndase bien— que se la pueda oponer a algunas de las soluciones de la filosofía clásica". Nada más falsas que las interpretaciones de la teoría de la relatividad einsteniana como relativismo filosófico, perspectivismo al uso de Ortega y Gasset, momento de la física fáustica de Spengler, etc.

LA METAFISICA DE ALBERINI

Coriolano Alberini no concibe la filosofía sin metafísica. Cuando se ha hecho el intento de separarlas, como en el caso del positivismo, se ha caído siempre en una metafísica no confesada, en una criptometafísica. Entre bromas y veras solía decir en sus clases: es como si quisiéramos café sin cafeína... Con él y los hombres de la generación de 1910 llega la revaloración de la filosofía y la metafísica en la cultura argentina. La promoción anterior, la de 1896, con Ingenieros, Bunge, García, González, etc., había tratado de llegar a la metafísica con las mismas armas del positivismo y la concibieron como dependiente del horizonte de la ciencia, como una ciencia de la inexperiencia. Para Alberini la metafísica es una parte esencial de la

filosofía, porque trata de dar la idea de la esencia del ser. La caracteriza como el conocimiento relativo de lo absoluto, a diferencia de la ciencia, que es el conocimiento relativo de lo relativo. En el aspecto de la investigación, la metafísica se distingue por el objeto y por el método. Por su objeto es la disciplina de lo absoluto; y por su método, es esencialmente reflexiva, ya que no se puede emplear en ella la experiencia científica. De allí que Alberini sostenga que la metafísica es la reflexión sobre el fondo último de las cosas o sobre las supremas razones de la realidad.

Dos modalidades encuentra Alberini en la metafísica occidental, según la consideremos antes o después de Kant. La metafísica anterior a la publicación de la *Crítica de la razón pura*, es fundamentalmente ontológica, porque estudia la esencia del ser, la realidad en sí. Su preocupación se dirige hacia la indagación del objeto y la cosa, antes que a las condiciones con que interviene el sujeto en la captación del objeto. Kant da nacimiento a la gnoseología y afirma que antes de estudiar la realidad en sí, hay que estudiar el alcance del conocimiento humano. Necesitamos saber, antes que nada, si la razón puede llegar o no al conocimiento de lo absoluto.

La metafísica posterior a Kant es gnoseológica, según Alberini. Critica el alcance del conocimiento humano. En sus clases, ilustra con un ejemplo claro: el que se produce cuando el hombre no ve en la oscuridad. El ontólogo explica el hecho por medio de la "oscuridad" y el gnoseólogo, en cambio, por el instrumento de la visión y habla de "debilidad del poder visual". La ontología no duda del instrumento de que se vale para llegar al conocimiento de lo absoluto. Por eso —agrega Alberini— la filosofía anterior a Kant se llama "dogmática". No prueba con el mismo empuje con que afirma; y no se detiene a analizar y comprobar el alcance del conocimiento metafísico. La gnoseología implica, por su parte, la duda del instrumento por usar. Hace cálculo, precisamente, del poder cognoscitivo del hombre. En este predominio de la teoría del conocimiento, se podrá estar con Kant o contra Kant, pero no se puede prescindir de Kant. Se lo puede aceptar, rechazar o semiaceptar, pero no se lo puede desconocer.

Metafísica y ciencia

La ciencia, según el juicio de Alberini, es el estudio descriptivo, causal, sistemático y legal de los objetos. La metafísica es, como lo hemos dicho, la disciplina de lo absoluto. Entre ambas hay notables diferencias. El conocimiento de la ciencia positiva está fundado en la experiencia, en la observación real de los fenómenos. Tiene ciertos límites, que están representados por las hipótesis acerca de la realidad. Toda verdad científica se puede comprobar y confrontar con la realidad por medio de la experimentación o por medio de la razón. La realidad concreta y observada, permite sistematizar el conocimiento científico, que se caracteriza precisamente porque puede ser concretado en leyes. Alberini define la ciencia como el estudio descriptivo, causal, legal y sobre todo sistematizado, de la realidad. La ciencia es conocimiento descriptivo, porque la tarea preliminar consiste en describir y clasificar los objetos; causal, porque la ciencia inquiere el porqué, la

razón o causa de los fenómenos, y ello entraña la existencia del principio de causalidad, o sea que los fenómenos están encadenados entre sí y se suceden de causa a efecto; legal, porque producidos los hechos en la realidad o en la naturaleza, el hombre de ciencia encuentra en la manera cómo en ellos se producen ciertas analogías, que son las leyes que los rigen; y sistematizados, porque el conjunto de verdades de una ciencia, constituye un todo teórico, armónico, con trabazón en los problemas y en los conocimientos que se explican mutuamente.

La metafísica es el conocimiento de lo absoluto, aunque tal conocimiento es relativo dadas las condiciones y limitaciones históricas del conocimiento humano. Aspira la metafísica a darnos el conocimiento de lo incondicionado, de lo que no cae en el campo del conocimiento científico, que siempre es un saber de lo relativo y relativo él mismo. Como consecuencia de esta situación, las verdades metafísicas no pueden ser comprobadas definitivamente y son productos puramente especulativos.

Alberini sintetiza en tres posiciones las relaciones entre metafísica y ciencia. La primera, que es la postura clásica, que va desde Platón a Leibniz, sostiene que la metafísica es anterior a la ciencia y fundamento de ésta. La ciencia busca verdades, pero descansa en los primeros principios que establece e investiga la metafísica. Por lo general, esa búsqueda de los primeros principios es apriorística. Así Platón, inquiriendo sobre la esencia del ser, llegó a la conclusión de que es la "idea". La segunda posición afirma, por el contrario, que la metafísica se funda en la ciencia (filosofía positivista y filosofía científica). Esta corriente sostiene que la filosofía es la complementación hipotética de los datos de las verdades principales de la ciencia. Mientras para Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, etc., la filosofía es la disciplina madre, de donde han nacido una tras otra todas las disciplinas que llamamos ciencias, para los positivistas y científicistas resulta al revés: la filosofía construye sus sistemas "a posteriori" o sea, que reúne en un conjunto armónico los principios generales y las leyes más universales de las ciencias. Sobre esta base se filosofa. Hay que observar, dice Alberini, que la ciencia no hace conocer sino una pequeña parte de la realidad. ¿Qué es, en efecto, lo reducido del conocimiento científico, comparado con lo que no conocemos? ¿Cómo conocer lo demás, lo inmenso y misterioso? Esa situación se salva, según esta postura filosófica, completando las verdades principales de las ciencias, pero hay que anotar que esta complementación se realiza por vía de hipótesis. Cuando se generaliza y se aplica al todo lo que corresponde a la parte, se extrapola lo que conocemos y lo trasladamos a lo que no conocemos. Algo semejante es lo que hace el paleontólogo que construye una forma animal desaparecida con el sólo hallazgo de un fémur, o como el arqueólogo, que se apoya en algunos restos, para reconstruir una pieza de cerámica antigua. No otra cosa es la tarea que se proponen los filósofos científicistas. En el fondo de esta inducción metodológica late un postulado: la estructura de lo que no conozco es igual a la de lo que conozco. Pero es el caso preguntarse, en virtud de qué razón concreta afirmo esta identidad de estructura: ¿Por la experiencia? No, puesto que es mínima la realidad observada si la comparamos con el todo. Entonces no cabe más que una respuesta: por la

razón. De ahí que la metafísica de los científicistas, a pesar del aparente apoyo en los datos de ciencia, resulta un fruto del más puro racionalismo. La base científica es mínima. De donde resulta que una cosa es el positivismo y el científicismo como método (legítimo dentro del campo científico) y otra bien distinta como doctrinas filosóficas y metafísicas.

La tercera corriente en el estudio de las relaciones entre metafísica y ciencia, dice que la metafísica no es anterior ni posterior a la ciencia, sino que tanto la una como la otra deben estar subordinadas a la gnoseología. Esta es la respuesta del criticismo kantiano. Antes que pensar sobre el fondo de las cosas, hay que pensar en el pensar. Es preciso conocer primero el instrumento y luego el objeto al que se aplica. Ciencia y metafísica necesitan justificación gnoseológica.

Metafísica y psicología

También ha estudiado Alberini las relaciones entre metafísica y psicología. De esta cuestión se ha ocupado en su trabajo *La metafísica y la psicología empírica* (3). Allí refiriéndose a la psicología de Ribot escribe: "Decía Ribot que la nueva psicología difiere de la clásica por su espíritu: no es metafísico, por su objeto: sólo estudia fenómenos y por sus métodos: los toma de las ciencias naturales. No puede darse nada más estimable como reacción contra el viejo verbalismo espiritualista y la vacua doctrina del alma y sus facultades. Estas teorías gozaban de gran predicamento en la época anterior a la inaugurada por Ribot. Era natural que semejante Psicología haya merecido las virulencias de Hipólito Taine, que satisfizo dicho espiritualismo decadente con las brillantes y divertidas virulencias de su famoso libro *Los filósofos clásicos del siglo XIX*, aunque vistas las cosas después de muchos años, bueno es recordar cuán abundante son las injusticias cometidas por Taine quien, en el vértigo de su furia iconoclasta, no consigue descubrir el valor de la gran figura de Maine de Birán, cuyos conceptos inspiran la obra del mencionado Janet, distinguidísimo psicopatólogo contemporáneo. Toda la obra de éste no es sino la elaboración dinámica de la psicología de Maine de Birán".

Alberini señala en este trabajo las influencias metafísicas en la constitución de la psicología de Ribot, aunque esto parezca paradójico, en un autor que afirma que la psicología de su tiempo carecía de espíritu metafísico. A este propósito, Alberini manifiesta: "...Sin la corriente voluntarista de la cual es conspicuo representante Maine de Birán, sería imposible explicar algunos conceptos explícitamente rectores de la psicología científica". En efecto: la exaltación de la idea de motricidad en la textura psíquica, por una parte, y por otra, el criterio genético. La tesis de la motricidad, como esencia de lo psíquico, actúa en Ribot bajo la influencia del voluntarismo de

3. Coriolano Alberini: *Paul Langevin*. En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Año I, Nº 1927. Cf. también *Inauguración del curso de Epistemología e Historia de la Ciencia*. En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Tercera época, tomo I, año I, págs. 172 y sgts.

Schopenhauer, filósofo éste sobre el que Ribot ha escrito un libro. Respecto del criterio genético, es sabido que Ribot lo tomó de Spencer, el cual no ha hecho sino elaborar mecánicamente e interpretar en forma utilitaria el evolucionismo de la metafísica romántica, dominante en la cultura inglesa de la primera mitad del siglo XIX. Quiere decir, pues, que la propia psicología científica, si se la contempla en su última esencia, ofrece una concepción de lo psíquico del más puro origen filosófico. Semejantes conceptos filosóficos no dejan de ser tales, aun cuando la psicología científica les haya impreso forma empírica de acuerdo con los métodos de las ciencias naturales. ¿Se quiere una prueba palmaria? Nos la dará el mismo Ribot. Para probar la emancipación de la psicología científica, concebida como disciplina estrictamente empírica y libre de sugerencias metafísicas, Ribot ha escrito dos libros, titulados respectivamente: *La psicología inglesa contemporánea* y *La psicología alemana contemporánea*. La paradoja está en que la psicología científica es hija de una serie de grandes metafísicos. Alberini señala como progenitores de la psicología antimetafísica a Herbart, Fechner, Lotze, Wundt, Spencer, Stuart Mill. Hasta para eliminar la metafísica del terreno psicológico, ha sido preciso contar con el auxilio de grandes metafísicos.

No niega Alberini la legitimidad de elaborar una psicología con rigor científico. "Puede admitirse —expresa en el mencionado trabajo— la legitimidad de la psicología estrictamente empírica, y libre en lo posible de apriorismo metafísico". Pero no es menos cierto que también existe la posibilidad de construir una psicología científica inmune de apriorismo fisiologista, siempre que se admita la tesis de que existe una realidad psicológica específica, sin duda vinculada a condiciones orgánicas, susceptibles de rigurosa determinación científica. Pero no es menos cierto que la realidad psicológica guarda heterogeneidad con sus concomitantes mecánicos. Ello es evidente en forma estricta si nos atenemos a la experiencia. En cambio, si damos en considerar lo psíquico como mero episodio de la mecánica nerviosa, entonces nos encontramos con teorías que no son fruto de la experiencia, sino construcciones metafísicas a base de monismo materialista, el cual es también apriorismo. En tal caso, continuar hablando de psicología es actitud esencialmente contradictoria. En el monismo materialista no cabe hablar de psicología. Basta con la mecánica cerebral. El mismo Ribot, con ser tan prudente, alguna vez obra llevado por su rigor polémico. Estuvo a punto de caer en la tendencia apriorística cuando declaró en uno de los mencionados prólogos, que "la psicología" haciendo progresos difíciles de admitirse en aquellos tiempos, se hubiera transformado por completo en fisiología, entonces sería un gran bien para ella, porque de ese modo llegaría a ser ciencia". Como se ve —añade Alberini— la declaración de Ribot nos permite colegir que la psicología será una ciencia cuando no exista, puesto que si todo lo psicológico es identificable con lo fisiológico y esto con lo mecánico, resulta superfluo continuar hablando de psicología. Más valiera adoptar la crudeza de Bechterew, quien declaró que la psicología, en última instancia, no es sino reflexología. Pero no nos hagamos ilusiones; aun cuando no lo quieran, la mayoría de los psicólogos científicos son implícitamente dualistas, pues no consiguen eludir un tecnicismo donde constantemente se habla de lo psiqui-

co y lo físico. De ahí la causa de ciertos pintorescos títulos de obras, v. gr., una de Mandsley que ostenta la contradictoria denominación de *Fisiología del espíritu*. No menos sintomáticas son las vacilaciones de Binet en su libro *El alma y el cuerpo*. Lo mismo dígame de las obras que se titulan *Psicología fisiológica*. Se explica: no hay psicólogo científico, soñador de una psicología "sin alma", que no viva roído por la vaga conciencia de la singularidad inquietante del fenómeno psíquico". Se está aquí en el lado opuesto de los psicólogos hiperespiritualistas, a quienes parece que les estorbara el cerebro. El problema psicofísico se expone a un desfiladero cuando se lo confronta con el problema de la psicofísica. Bergson con la teoría del *écart*, es decir de lo material y lo espiritual, empequeñece tanto las distancias que no se distingue uno de lo otro. A Alberini le recuerda el batibus, que no es ni lo uno ni lo otro. Teorías ingeniosas, pero no convincentes. Es como la perra de Sisebura, si vale la comparación, que pierde la tercera dimensión para pasar, por debajo de la puerta. Para Alberini la conciencia es una forma de la realidad, la realidad que se revela a sí misma. Es la energía psíquica virtual, que se manifiesta en formas de autocxposición consciente.

Para ser psicólogo, según Alberini, es menester contar con estas condiciones: buena ilustración científica general, excelente saber biológico, excelente cultura filosófica, llena de autocrítica, ya que la psicología es una ciencia con una modalidad especialísima. "Esto resulta claro —escribe Alberini—, aun cuando se la conciba como ciencia natural, vale decir puramente fenoménica y sometida a métodos empíricos. Claro está que semejante empirismo ha de ser refinado, como conviene a la indagación de una realidad tan delicada y compleja. No hay que olvidar que anda de por medio lo más esencial del hombre, o sea la *personalidad*. La reacción contra el prejuicio antropocéntrico no implica perder el sentido de la preeminencia de lo humano. Por eso es radicalmente absurdo profesar la doctrina del carácter epifenoménico de la conciencia, tesis, que de ser consecuente consigo misma, debería sostener el automatismo absoluto del hombre". El automatismo llevado a lo absoluto destruye la verdad misma, pues toda afirmación por ser fenómeno consciente, psíquico, y por tanto mecánico en esa teoría, es también cosa automática. La conciencia como epifenómeno se contradice, pues si no se admite el valor de la conciencia no se puede probar la teoría del epifenómeno. Sería toda una petición de principio. Para negar la individualidad autoconsciente y eficiente del hombre, para negar la personalidad, hay que admitir implícitamente la realidad del que niega. El acto reflejo, a lo largo de la filogenia, se trueca en energía psíquica, como el calor se trueca en luz. La personalidad es como el hilo que pasa a través de muchas cuentas. Las cuentas son los pensamientos. Legítimas son la psicología fisiológica y una superior psicología empírica en lo que tienen de justas (hay que saber tomar lo justo de ellas), pero no por ello hay que negar la realidad y el valor de lo que los metafísicos llaman el espíritu y la personalidad racional.

Metafísica y arte

En el arte, que es donde está concentrada la sensibilidad humana, aletea el pensamiento filosófico y metafísico. Por entre las imágenes viven

las reflexiones morales, las observaciones psicológicas, las apreciaciones religiosas, las valoraciones metafísicas, sociales, políticas y económicas. Claro está que el pensamiento filosófico y metafísico no aparece en las obras de arte organizado desde el punto de vista teórico. Por lo común en los artistas las ideas son más vividas que pensadas críticamente, pero no por eso dejan de existir aquellos que las poseen con espíritu crítico. Basta recordar el caso de Schiller, de Schelling, de Hölderlin, de Goethe, de Dante, de Flaubert, de Balzac. . . La tarea del crítico y del filósofo del arte consiste precisamente en organizar con coherencia y críticamente las ideas que sostienen y viven en las obras de arte.

Cuando el artista adhiere apasionadamente a un conjunto de ideas más a menos coherentes, los alemanes hablan de *Weltanschauung*. Otros hablan de cosmovisión. Alberini señala que esta palabra en realidad corresponde a *Welibird*, que sabe a imagen exclusivamente física, en lugar de poner el acento en la parte espiritual. Alberini prefiere llamar a tal conjunto de ideas vividas con una expresión más modesta: credo filosófico. "Decimos credo —dice Alberini— porque se trata fundamentalmente de una adhesión apasionada y dinámica de la personalidad a una actitud metafísica. Se trataría, en suma, de una filosofía más vivida que sabida, y más sabida que pensada. Cabe decir, por consiguiente, que la característica de la llamada *Weltanschauung* significa una intuición general del mundo, con especial referencia al sentido y valor de la existencia humana. Puede ocurrir que este credo apenas asome a la conciencia intelectual, pero fuera de duda que una vez construido por el crítico tiene todos los caracteres de un organismo filosófico, globular, diremos así, y dogmático. Y cabe agregar que no cuenta para nada, sobre todo en la forma primitiva del género, el espíritu especulativo. El credo no implica presencia de razones. No hay obsesión de la problematidad como en la filosofía y en la metafísica y, en ciertos casos, si las hubo, ha desaparecido. Credo y aporética se excluyen. De la obra de arte, nos interesa extraer precisamente el credo, hecho de metafísica y axiología precisamente práctica" (4). Desde este punto de vista la filosofía y la metafísica, en esta forma sumaria y alógica, son inevitables. Ello prueba, por otra parte, la unidad de la cultura y la unidad del espíritu humano. Aquéllas constituyen el fondo y por decirlo así la tercera dimensión de la cultura humana. Cuando vive en forma inconsciente, como fondo axiológico personal, nada más atinado que iluminarlo mediante la reflexión crítica e histórica de la filosofía. Lo que es carbón se enciende y convierte en luz.

Metafísica y Weltanschauung

Alberini distingue entre la *Weltanschauung* y la metafísica. Ambas tienen el mismo origen subjetivo, el afán de responder al anhelo de incondicionado del alma humana. El sentimiento metafísico, el dolor elánico es con-

(4) Coriolano Alberini: *De Sanctis y la filosofía del arte*. Inédito.

substancial con la vida humana y pone en ella el desasosiego, la inquietud, el anhelo de lo ilimitado y lo absoluto. El sentimiento se transfigura en imagen y ésta en concepto, pero si no hay análisis ni conciencia crítica de los problemas, se tiene la *Weltanschauung* como figuración parcial de la totalidad profundamente vivida. La *Weltanschauung* resulta así una especie de sinécdoque metafísica, vale decir que la parte representativa se convierte en símbolo de la totalidad irrepresentable. Quiera que no, toda *Weltanschauung*, grande o pequeña, es de esencia mística, aun cuando se trate de una totalidad sin Dios.

En la etiología de la *Weltanschauung* intervienen elementos telúricos biológicos, psicológicos, sociales y filosóficos. No se trata de una representación de la totalidad de la realidad de base puramente racional y con aguda conciencia de la *problematicidad*. Es más bien la filosofía como creencia y convicción. La vida es perentoria e impone la necesidad de organizarla axiológicamente, y, por tanto filosófica y religiosamente. La *Weltanschauung* resulta así sentimiento y acción, valor más que luz del pensamiento. Contiene una especie de finalidad sentida a manera de bulto, o de una representación simplificada del conjunto. La conciencia es grande y la miseria del hombre infinita. Crea problemas que urge resolver. Y cuanto más llega a una suerte de globalismo metafísico, y este globo, diremos así, se llena de sentimientos. Podríamos decir, que con respecto a la totalidad de la realidad invisible operante, la *Weltanschauung* es un segmento infinitesimal de una circunferencia infinita. No hay en ella sino un mínimum de representabilidad. Es algo así como un gran reloj sumergido en una intensa obscuridad, pero con fosforescencia en las agujas. Aquella realidad invisible operante, se torna visible en la conciencia, aunque sea en poca medida.

La filosofía, en particular la metafísica, tiene también su raíz en el sentimiento metafísico del dolor elánico, que no es de índole biológica o psicológica, ni está al servicio de la conservación del individuo. Es el desasosiego y la disconformidad con nosotros mismos, que no puede aplacar ningún medio psicológico o terapéutico, y que nos impulsa al cambio y la evolución espiritual. Las emociones de lo absoluto son previas a las creencias, y las imágenes correlativas dependen del lugar y el tiempo. La filosofía y la metafísica iluminan las vivencias y el sentimiento metafísico mediante el pensamiento, o mejor, mediante la intuición racional. A esta iluminación es ínsita la conciencia de los problemas y el análisis crítico. Aquí importa la verdad. En la *Weltanschauung* hay, en cambio, una rarefacción analítica cuando se pasa al plano de la acción o de la vivencia. Aún la *Weltanschauung* culta, aun en la que a veces se intenta construir, la *Weltanschauung* filosófica, que se vale de creencias racionales, la imaginación filosófica trabaja sobre un fondo de irracionalidad. Metafísica y *Weltanschauung* son diferentes en la superficie y en la profundidad, son heterogéneas arriba y abajo. Sin conciencia aporética, la segunda es una interpretación cardinal, global y dogmáticamente forjada. Podríamos decir que es un credo axiológico vivido sin análisis ni desmenzamientos críticos. En medio de la selva aporética de la filosofía, las *Weltanschauungen* son catedrales, algunas enormes, en parte verdaderas, en parte hipotéticas, en parte ensueño. Las hay vulgares, rudimentarias, incultas,

como la del viejo Vizcaya; las hay cultas y bien construídas, como la de Montaigne; las hay imponentes, que se pierden entre las nubes, junto al cielo, como la de santo Tomás.

Todo el mundo siente la filosofía y la metafísica. Inútil negarlas. Como es inútil negar las *Weltanschauungen*. Nacen de necesidades esenciales de la vida humana, del sentimiento metafísico, de las imágenes metafísicas, de los conceptos metafísicos, de la congoja metafísica. La filosofía como sentimiento se la siente antes de conocerla. En el fondo inconsciente de la psiquis humana late la nostalgia de un profundo fin absoluto, que actúa en todos los hombres. El hombre tiene el don del absurdo, precisamente porque le sobra inteligencia, y como no resuelve ciertos problemas esenciales para la vida, que es perentoria, no puede evitar la creencia metafísica. La inteligencia negativa no tiene derecho a negar lo místico, y tampoco la positiva, porque la metafísica y la religión culta nos dan lo que fatalmente quiere nuestra naturaleza humana. Nada puede aplacar el ímpetu deontológico y la pasión de lo absoluto del hombre. Todo está en saber cultivar esta profunda raíz de la existencia.

Idealismo racional en Alberini

El pensamiento metafísico de Alberini se lo puede caracterizar como un idealismo racional. Para Alberini la vida se manifiesta en actitudes vitales. Estas dependen de aquélla; pero a su vez la vida no puede existir sin sus formas. El estómago nutre, pero también se nutre. De allí que haya englobado el vitalismo, en boga durante sus años de florecimiento filosófico, en un racionalismo abierto. El pensamiento, la razón, emerge de un *nisus* o impulso axiológico de la vida.

Este vitalismo involucrado en un racionalismo y en un idealismo abierto, aparece desarrollado fundamentalmente en dos trabajos extensos de Alberini: *Interpretación idealista del bergsonismo* y en *Introducción a la axiogenia*. A su juicio la vida es psíquica y telética desde sus comienzos. Todos los seres evalúan por el hecho de vivir. Vivir es, en cierto modo, evaluar. Las valoraciones son naturalmente biocéntricas, desde los seres más rudimentarios hasta el hombre. La evaluación no es privativa del hombre, sino de todos los seres y puede ser, por tanto, inconsciente. El origen de las valoraciones se confunde con el de la vida psíquica. Y la psiquis nace o aparece con la vida. Vida y psiquis constituyen idéntica cosa.

Alberini admite la evolución de la vida, animada por un impulso telético o finalista, inmanente a la misma. Ese impulso tiene carácter axiológico. La potencia adaptativa de los seres va cobrando cada vez mayor eficiencia a medida que se avanza en la filogenia, de suerte que la adaptación resulta algo así como una réplica cada vez más enérgica del ser al ambiente. "... está en la naturaleza de lo vital —escribe Alberini— "interiorizar" las energías del medio, de tal manera que esa ascendente capacidad de elaboración interna de la vida permite al ser, por obra de su mayor organización, transformar al

medio en función de sí mismo" (5). El valor no puede calcularse por medio de los factores que actúan en el organismo, sino en función de la tétesis orgánica. La realidad para el ser actúa en forma de estímulo, y éste es ya lo real definido por la contextura del organismo. Se trata, pues, de un valor, el cual, dada su naturaleza biocéntrica, es endógeno. En el valor el objeto implica el sujeto. La realidad como "cosa en sí", extravital, no cabe en la psiquis. Necesariamente tiene que ser, por motivos pragmáticos y orgánicos deber evolutivo —"elánico", diríamos, si fuera lícito el galicismo—, una transformación endógena del estímulo periférico. La realidad, tal como el ser la organiza, es un sistema, relativamente plástico, de movimientos, virtuales o manifiestos. Constituye así una perspectiva motriz creada por la tétesis vital" (6). A través del pasaje transcripto, se advierte que la vida en su impulso elánico va interiorizando los factores exógenos o exteriores, a tal punto que no se puede concebir un medio exterior extramental independiente de la estructura vital en Alberini. Organismo y mundo constituyen una sola estructura. No se los puede pensar separadamente, sino por un acto de abstracción superficial. Otro ejemplo ilustrativo de esta situación: "La acción de la luz —dice Alberini—, actuando sobre la periferia de un ser inferior, pudo, quizás, forjar un rudimento de aparato visual, pero, después de una larga evolución, el proceso formativo de la visualidad, de exógeno, como en el molusco, se vuelve endógeno, como en los vertebrados. En éstos, antes de que actúe el estímulo luminoso, ya existe, por obra de la herencia, la visualidad en forma potencial. La ontogenia, precisamente, interioriza, diremos así, las conquistas de una larga filogenia. Semejante metamorfosis centrífuga de la acción periférica es correlativa del incremento axiológico de los organismos" (7). Quiere decir que, según Alberini, la sensibilidad periférica es esencialmente electiva y discriminativa, y no ofrece la exterioridad abstracta que llamamos mundo externo. Éste es una construcción de la mentalidad del hombre adulto. El universo vale, ante todo, como universo práctico. A los mismos resultados llega en el estudio del carácter biocéntrico de los reflejos, las sensaciones tróficas, las imágenes motrices, las representaciones, los juicios vitales, la conciencia de las evaluaciones. Estamos así en pleno idealismo vital.

Pero el impulso de la vida adquiere un nivel superior en el pensamiento. Constituye éste otra etapa de las sucesivas transcendencias de las formas vitales. Esta es la zona abierta al mundo, a la consideración objetiva de la realidad, la zona neutra y espiritual de la vida humana. Es la zona de lo psíquico puro y de la intuición racional abierta que permite la objetividad del conocimiento científico y filosófico y la fundamentación axiológica de las evaluaciones y los valores. En términos bergsonianos es el *élan* supravital, el encuentro con la realidad psíquica inconsútil y lo imponderable. La vida se vuelve consciente y autoconsciente de sí misma, de su eficacia activa y torna

(5) Coriolano Alberini: *Introducción a la Axiogenia*. En la Revista *Humanidades*, N^o 1, Pág. 129. La Plata, 1921.

(6) Coriolano Alberini: *Introducción a la Axiogenia*, Págs. 130—131. Revista citada.

(7) Coriolano Alberini: *Introducción a la Axiogenia*, Pág. 132. Revista citada.

posible el espíritu enhiesto y la personalidad racional. La conciencia no influye sobre el origen de la "vida estimativa", sino sobre la evolución de sus formas superiores. La personalidad no es lo opuesto a la vida; es la vida misma en su manifestación más alta y racionalmente telética. Es como si la vida se tornara sobre sí misma y comenzara a retroceder avanzando sobre la objetividad de la realidad, de las valoraciones y el ejercicio de la libertad. El vitalismo resulta ahora involucrado en un racionalismo abierto, en un idealismo racional. La psiquis es aquello de que nos valemos para evaluar y es, en rigor, lo que más vale. La psiquis pura es el valor de los valores.

Alberini considera que esa zona abierta a la objetividad es siempre subjetiva. La expresión "espíritu subjetivo" es un pleonasma. El espíritu es esencialmente subjetivo. Lo que Hegel y sus continuadores, Scheler y Hartmann llaman espíritu objetivo es una "cosa", no un proceso ni una actividad espiritual. Alberini escribe a este propósito: "No veamos, pues, en la racionalidad algo opuesto a la vida. Pensar es una manera de vivir. La personalidad es esencialmente racional. El intuicionismo, como cualquier intuicionismo, aun el bergsonian, no pasa de ser pensamiento que ignora su índole racional, pues la conciencia, por el hecho de serlo, es actividad relacionante, vale decir juicio, y pedimos que los irracionales nos muestren un juicio sin estructura categórica. Confunden la intuición con el proceso racional inconsciente, con una pretendida intuición convertible en criterio de verdad de sí misma. Ello es una manera de transfigurar la psicología en gnoseología. Psicologismo puro, pues, y por ende, escepticismo" (8). El hombre es un animal metafísico, poco importa que a veces el adjetivo y el nombre truequen sus lugares. Ese atributo específico de la vida humana hace que el hombre se transfigure en persona. La persona humana, por ser tal, tiene siempre, de tal o cual manera, el sentimiento de lo absoluto. Es el sentimiento de lo infinito que, según Flaubert, puede ser en negro o en azul.

Tiene Alberini una concepción singular del juicio. Lo común es sostener que la operación judicativa es inconcebible fuera de la conciencia, y que es distinta de la representación. Según Alberini, el juicio no es necesariamente consciente. En las profundidades oscuras de la conciencia existe actividad relacionante, como demuestran los casos de ideación durante el sueño. Para el caso poco importa que la inconciencia trabaje con elementos procurados por la conciencia. La conciencia fecunda la subconciencia, pero no es menos cierto que ésta también sabe relacionar, sin discutir si bien o mal, ya que no se trata del problema de la verdad. Algo semejante ocurre con la imagen, cuando es de índole biocéntrica. El sistema de cualidades más o menos estables lo organiza la télesis vital. El interés para determinar la importancia de una entre las demás cualidades, depende de la actitud vital. Tal el caso del "objeto" alpiste, que es una abstracción creada por el interés vital. De allí que aparezca con estructura axiológica para el pájaro. Pero cuando se trata de la actividad de la conciencia abierta, del psiquismo puro, aparece

(8) Coriolano Alberini: *Introducción a la Axiogenia*, Págs. 144—145. Revista citada.

el pensamiento científico y filosófico inmune de interés biocéntrico. Se quiebra el círculo del determinismo psicológico y se abre el abanico de las posibilidades que da la voluntad libre, la libertad. Bien entendido que tal libertad no es acéfala, sino iluminada por el pensamiento y el logos; es, con otras palabras, la libertad metafísica, raíz de todas las demás libertades, desde la ética a las jurídicas o derechos, económicas, de expresión, etc. La conciencia de la individualidad multiplica sí la individualidad de la conciencia. La personalidad es la autoconciencia libre y eficiente de la individualidad. El idealismo racional termina así con una doctrina de la personalidad, que explicaremos en el capítulo dedicado a la axiología de Alberini. Tal idealismo racional involucra dentro de sí, como hemos tratado de mostrar, un idealismo vital. Alberini llega así a una síntesis de doctrinas que, en el pensamiento europeo de su tiempo, se daban separadas. En esta integración está uno de los aspectos novedosos y originales de su filosofía.

Metafísica de la libertad histórica

Alberini ha desarrollado también el tema de la metafísica de la libertad histórica, en estrecha vinculación con sus ideas metafísicas generales y con su axiología y doctrina de la personalidad. Ya hemos dicho que para él la psiquis es la forma subjetiva de la vida. El espíritu es esencialmente subjetivo; se forma a través del llamado espíritu objetivo, pero éste no es más que la actividad de los otros espíritus, en forma de contemporáneos o antepasados. La cultura es actividad psicológica, informativa, activa y creadora, sometida a los valores cardinales del espíritu, en primer término, al espíritu mismo, o sea en forma de personalidad humana, es decir, del valor de los valores.

La personalidad humana, concebida como individualidad autoconsciente y eficiente, libre, es el resorte activo del proceso histórico. La libertad metafísica, raíz de todas las otras libertades, siempre se presenta condicionada por una situación histórica. Es absurda la idea de la libertad pura. La libertad es la esencia del espíritu humano, pero no aparece pura sino en tensión con los automatismos de la vida psíquica, y con las condiciones cronotópicas de la existencia humana. Siempre hay una unidad orgánica entre libertad y necesidad. Cuando se trata de la libertad histórica, esa dimensión necesaria está representada por el pasado. La necesidad es el conjunto de antecedentes indispensables del desarrollo histórico. Pero el pasado es necesario hacia atrás; no hacia adelante y el futuro, que queda abierto a la libertad y la eficacia de la personalidad humana. De los mismos antecedentes pueden surgir varias posibilidades, ninguna de las cuales es necesitante y forzosa. La elección del rumbo depende de las metas axiológicas que se anhelan y se propongan los hombres.

Claro está que las metas axiológicas hay que proponerlas dentro del proceso de la historia. No se hace historia desde fuera de ella. Por eso, aún los más revolucionarios en alguna medida se apoyan o tienen en cuenta el pasado histórico, aunque sea para negarlo. Los espíritus que tienen un exceso

de gravedad histórica, se asientan enormemente en el pasado y apenas si otean el futuro. Son los conservadores con todas sus gamas y matices. Los que se instalan en el futuro y escandian la libertad, son los liberales de todos los gustos. Pero el proceso histórico concreto es un ovillo donde se mezclan muchos colores y no se puede encapsularlo tirando sólo de una de las puntas de la madeja. Lo real es la síntesis orgánica o, si se quiere, dialéctica de la libertad y la necesidad.

Para Alberini los actos humanos están sometidos a los siguientes factores causales o teléticos: mundo inorgánico, reino biológico, antropológico, psicología inconsciente, y, sobre todo, el elemento espiritual y la libertad, y no menos los ideales del hombre culto (9). La vida, a su juicio, es una energía expansiva, pero con conciencia y sentido históricos. "La libertad —escribe Alberini— fue, pues, primero, una realidad humana, pero acéfala y amoral, aunque, en realidad, prepara el advenimiento de una libertad explícitamente moral. Si bien se mira, por tanto, correspondería admitir que la historia debe contar con diversas fuentes, a saber: factores del mundo inorgánico, del mundo biológico y del mundo psíquico inconsciente; mas, al final, nos encontraríamos con la libertad como sinónimo de voluntad y conocimiento. Una libertad sin voluntad es un absurdo categórico" (10). Alberini no hipertrofia la libertad a costa del conocimiento, la voluntad en desmedro del pensamiento, como acontece en los voluntaristas influidos por Schopenhauer. La libertad es voluntad con pensamiento. Y la libertad subjetiva, la libertad metafísica, es el fundamento de la personalidad ética, de la libertad histórica y de todas las demás libertades. El pasado histórico no devora la personalidad humana, pero tampoco el proceso histórico es de carácter ucrónico, como quería Renouvier, y creen los utopistas.

(9) Coriolano Alberini: *Croce y la Metafísica de la libertad histórica*. En el volumen de homenaje a Benedetto Croce, págs. 64. Edic. Instituto de Literatura Italiana. Buenos Aires, 1955.

(10) Coriolano Alberini: *Croce y la Metafísica de la Libertad Histórica*. Pág. 69. Edic. citada.

EL PENSAMIENTO AXIOLOGICO

Coriolano Alberini ha desarrollado una personal teoría de los valores en un extenso trabajo que intitula *Introducción a la Axiogenia* (11). Considera que la filosofía de los valores es una de las formas con que se presentó, a fines del siglo pasado y comienzos del presente, la reacción contra la filosofía positivista, que había extendido al mundo social, psicológico y espiritual la interpretación mecanicista y matemática de la realidad natural. La axiología reacciona contra esta tendencia, estableciendo o procurando establecer una distinción neta entre el mundo físico y el mundo de las realizaciones humanas. Nietzsche fue uno de los primeros filósofos que dio a la palabra valor otro sentido que el económico o matemático, o sea el que mide con el sistema métrico decimal, generalizando expresiones tan corrientes como "renovación de los valores", "tabla de valores", etc. La palabra valor comenzó a usarse entonces para designar a los productos culturales humanos. Junto a los valores económicos se crearon los valores estéticos, morales, jurídicos, etc. Y junto a los juicios de la existencia, que enunciaban corrientemente una relación entre el atributo y el predicado, descubierta por el hombre (relación que existía antes que él y a pesar de él), aparecieron los juicios de valor que enuncian no ya relaciones descubiertas por el hombre, sino creadas por él, eminentemente subjetivas y humanas. Los valores resultan así creaciones "antropocéntricas", o mejor dicho "biocéntricas", porque dependen del hombre o del animal. Las valoraciones varían por el hecho de que son creadas por el hombre. Hay valores creados por la conciencia humana y hay valores que se imponen a la conciencia.

Divide Alberini la axiología en empírica y normativa. La primera estudia los valores tal como se presentan a través del tiempo y en la historia. La segunda es ideal o filosofía de los valores y estudia a estos últimos tal como deseáramos que fuesen. La verdadera axiología es la normativa, porque estudia los valores ideales posibles y trata de la posibilidad de realizarlos. Admite la libertad, porque sin ella no sería posible la voluntad, que es la que modifica los valores a través del tiempo. El determinismo, puesto que niega la libertad, niega la axiología normativa, porque sostiene que es ilusorio pretender el cambio de los valores de la realidad, porque éstos existen como son y no pueden modificarse. La axiología normativa sostiene, en cambio, que los

(11) Coriolano Alberini: *Introducción a la Axiogenia* En la revista *Humanidades*, Tomo I, Págs. 107-149. La Plata, 1921.

hechos físicos son mecánicos, incambiables, fatales, pero que los valores éticos, estéticos, etc., cambian. El mundo humano es telético (finalista) y todas sus creaciones o valores, obedecen a esa idea de tétesis o fin, y la misma humanidad que los crea puede modificarlos. El orden telético tiene flexibilidad que no tiene el orden mecánico.

Axiogenia

Alberini llama axiogenia al estudio del origen del valor. Esta disciplina está llamada a resolver el conflicto entre las interpretaciones psicologistas y las interpretaciones logicistas del valor. Las primeras están sostenidas por los autores empiristas y las otras por los idealistas neokantianos, Cohen entre ellos. ¿Dónde reside el valor? En la psiquis humana o animal, responde Alberini. Los axiólogos estudian el problema en el terreno metafísico, económico y estético, pero no en el campo de la psicología biológica. Aquí quiere plantearlo Alberini y por eso su trabajo se llama axiogenia. Las tesis de este trabajo son seis y su autor las propone en estos términos: "1) la psicología axiológica, con el objeto de contribuir a la solución del conflicto entre logicistas y psicologistas, debe indagar los elementos axiológicos del conocimiento para discernir lo axiológico de lo objetivo. Sólo así se podrá determinar la racionalidad; 2) la evaluación no es privativa del hombre, sino de todos los seres y puede ser, por tanto, inconsciente; 3) el problema del valor es, ante todo de orden psicológico y biológico; 4) por medio de la noción de valor se reduce a psicología; 5) la personalidad no es un epifenómeno; 6) sólo un examen profundo del aspecto axiológico permitirá superar el subjetivismo y, por ende, fundar un pensamiento autónomo".

¿Dónde comienza el valor? A juicio de Alberini el génesis del valor se confunde con el de la vida psíquica. Axiogenia y psicogenia constituyen un solo problema. La psiquis por el hecho de serlo lo evalúa y el origen de la psiquis se confunde con el de la vida. Critica Alberini tanto las interpretaciones espiritualistas, que asimilan la vida psíquica con la conciencia, como las biológicas que disuelven la vida psíquica en actividad fisiológica. Se extiende en la crítica de Sergi, Le Dantec, Mandley, Ribot, Bechterew y otros, para llegar a esta conclusión: vida y psiquis constituyen idéntica cosa. "Negamos —dice Alberini— que la psiquis sea simplemente una propiedad de la vida. La expresión es equívoca, pues, sobrepone la vida a la psiquis. Evitando, en lo posible, las ilusiones sugeridas por los términos abstractos, diremos que la psiquis es lo esencial de la vida misma. Más aún: sostenemos la imposibilidad de dar una definición de la vida fuera del punto de vista psíquico, aun cuando sus autores no se percaten de ello. . . Se dirá que el hecho de reducir lo vital a lo psíquico, implica admitir la existencia de una psiquis vegetal. Así es. Ninguna razón cabe aducir para negarle vida psíquica al vegetal; en cambio, hay algunas muy buenas, hasta de orden experimental para atribuirse-la". Como ha observado con sagacidad Manuel Gonzalo Casas (12), en un

(12) Manuel Gonzalo Casas: Coriolano Alberini y la filosofía argentina. En la revista *Humanistas*, Nº 8, año 1957. Universidad de Tucumán.

buen trabajo sobre el pensamiento de Alberini, en estas tesis van englobadas ideas fundamentales de Driesch, Bergson y hasta el viejo Aristóteles, con su doctrina de las potencias del alma como grados que se incluyen entre sí, o, con más rigor, que los superiores incluyen a los anteriores. Alberini engloba los resultados de la biología y la psicología en un racionalismo abierto, como tendremos oportunidad de mostrarlo más adelante. La psiquis es, según Alberini, la forma subjetiva de la vida. La vida se manifiesta en actitudes vitales, que dependen de aquélla, pero a la vez la vida no puede existir sin sus formas. El estómago nutre, pero también se nutre.

Alberini examina los resultados de la biología mecanicista y los critica en su intento de querer trocar lo orgánico en inorgánico. El carácter psíquico fundamental es la finalidad, que se olvida en interpretaciones como las de Darwin, Spencer, etc. "A nuestra manera de ver, dice Alberini, considerar la individualidad implica tender hacia la definición psicológica de la vida... ¿Puede concebirse, máxime en los seres superiores —que en definitiva son los únicos al alcance de la observación científica—, una individualidad orgánica que no sea psíquica? Para nosotros, organismos, individualidad, psiquis, y télesis son términos idénticos. ... Sea lo que fuere del porvenir de la ciencia biológica, puede afirmarse por ahora la identidad de vida y psiquis. Toda reacción adaptativa tiene un fin: conservar la individualidad. ... No busquemos, pues, el origen de la psiquis en un estado biológico superior de la evolución. Fuera imposible determinarla. Allí donde hay vida hay vida psíquica. La irritabilidad encierra mucho más de lo que aparenta. El problema de la biogenia se confunde con el de la psicogenia. Son inseparables. Pero a su vez la psicogenia implica la axiogenia. La vida tiene valoraciones vitales, tal como lo muestra el carácter electivo de la irritabilidad. La evaluación energética no es privativa del animal; también se extiende a los vegetales, como se puede apreciar en la función clorofílica, en la asimilación en general y en lo que los biólogos llaman "trriage" osmótico. ¿Cuál es la definición más plausible de la vida? Alberini contesta así: "Si la vida es psíquica, no cabe duda que el rasgo esencial de la vida reside en la evaluación, o, como se podría decir con términos tomistas, en la "vis estimativa". Donde quiera exista algo que evalúe, diremos que nos hallamos ante la vida. Vivir es, pues, evaluar". Donde hay vida hay finalidad. La cumbre de la psiquis humana debe verse desde arriba, no desde abajo. El yo es la cumbre mental. El yo, por lo tanto, no es un epifenómeno.

La vida para Alberini está animada de un impulso, está sostenida por un ímpetu que la lleva a superarse y trascenderse en forma cada vez más altas. Hay en la vida un empuje axiológico y elánico. La razón, como veremos, surge de ese *nisis* axiológico. Alberini no acepta la interpretación mecanicista de la vida como adaptación al medio, previo a la vida. Hay algo más: la potencia adaptativa, la capacidad de sobrepujarse, de perpetuarse. "Fuera imposible, dice Alberini, por lo menos en el estado actual de la biología, comprender cómo factores absolutamente mecánicos puedan explicar el surgimiento, el génesis de la personalidad humana. La aparición de ésta sólo es penetrable si se reconoce que la potencia adaptativa de los seres va cobrando mayor eficiencia a medida que se avanza en la filogenia, de suerte que la

adaptación resulta algo así como una réplica cada vez más enérgica del ser al ambiente. En otros términos: está en la naturaleza de lo vital "interiorizar" las energías del medio, de tal manera que esa ascendente capacidad de elaboración interna de la vida permite al ser, por obra de su mayor organización, transformar el medio en función de sí mismo". La vida es por doquier ímpetu, conato, esfuerzo.

¿Cómo define el valor Alberini? Denomina así a "toda actitud telética, que puede ser inconsciente o consciente, motriz o contemplativa". Con otras palabras: toda actitud motriz o cognoscitiva de índole biocéntrica. Como evaluaciones biológicas estudia la adaptación, la selección de estímulos, la sensibilidad trófica, la sensibilidad periférica, los reflejos, el instinto, la imagen, la asociación, etc., hasta alcanzar la conciencia. ¿Qué papel desempeña la conciencia en la evolución del valor? En primer lugar hay que recordar que Alberini no define la vida psíquica mediante la conciencia. Los fenómenos de conciencia son una forma de la actividad de la psiquis, que surge en el seno de la vida que se trasciende siempre a sí misma. Es por decirlo así, la eclosión luminosa de la vida, el punto en que el calor de la vida se vuelve luz y se incorpora en la línea de la trascendencia filogenética. La adaptación, la irritabilidad, la sensibilidad trófica, la sensibilidad periférica, los instintos, los reflejos, la asociación, la conciencia, son las formas y los modos del impulso axiológico de la vida, que es telético, descubridor o creador de valores.

La imagen es una proyección telética del animal y no una imposición de lo real, que permanece absoluto, ignoto, cosa en sí. "La imagen del objeto implica el sujeto. Esta implicación es obra del doble trabajo de la sensibilidad periférica, la trófica y otras. Quiere decir que el objeto, que obra como estímulo, ha pasado por dos medios teléticos. En primer lugar, a través de la actividad selectiva del sensorio externo; en segundo lugar, los datos sensoriales se elaboran y relacionan sobre el fondo telético". Este da su forma y destino a la representación. La imagen tiene un carácter motriz y es una forma de evaluación biocéntrica. Y como la imagen las otras actividades psíquicas. Alberini llega a una de las tesis primordiales de la Axiogenia: "la vida es deontología vivida antes que conscientemente pensada". De ahí infiere que la conciencia, sea cual fuere su importancia, no influye sobre el origen de la "vis estimativa", del ímpetu, conato y esfuerzo axiológicos, sino sobre la evolución de sus formas superiores. En el hombre, en la personalidad individual, será el instrumento axiogénico por antonomasia. "Lejos de nuestro ánimo, dice Alberini, la teoría de Nietzsche, Maudsley, Le Dantec, etc., que ven en la conciencia un simple epifenómeno. No sabemos, evidentemente, qué origen tiene la conciencia. Fuera imposible, lo repetimos, determinar sobre la línea filogenética el momento preciso en que aparece la individualidad consciente. ¿Será coextensiva a la vida o posterior a ella? Poco o nada se sabe al respecto. Pero el hecho es que existe con toda evidencia en muchos seres inferiores. En el hombre fuera absurdo negarla". La conciencia hedónica, la del placer y el dolor, también tiene un carácter biocéntrico. El placer es síntoma de una vitalidad normal; el dolor es síntoma de desorganización. Pero junto a la conciencia hedónica existe otra,

que lleva a percibir un "cierto" dolor elánico, que se da con la plena salud y que no es otra cosa que la télesis vital consciente de su tendencia fatalmente evolutiva. Es una sensibilidad que se manifiesta como inquietud, angustia, dolor metafísico y, en el fondo, es el obscuro afán de evolución. En cambio, la sensibilidad hedónica se muestra en forma de actividad vital, de actitudes motrices adaptativas, de juicios hedónicos. Alberini muestra la textura axiológica de tales juicios, de la atención y de la función abstractiva de la vida psíquica.

No se trata hasta aquí de juicios objetivos, de ser o existencia. Son juicios axiológicos, en los cuales el predicado traduce la reacción vital del animal y el hombre. La cosa, el objeto a esta altura de la vida psíquica, no es sino un sistema de juicios organizados por la télesis vital, que obra en forma de atención y tiene carácter abstractivo. Alberini ejemplifica con un carácter ilustrativo. "Supongamos que quisiéramos determinar, si fuera posible, la imagen del alpiste que se forma un gorrión. Veríamos en ella necesariamente el conjunto de elementos simbólicos de un efecto trófico esperado por el animal. Muchas cualidades tiene esa imagen, y la sensibilidad visual, movida por resorte trófico, automáticamente las jerarquiza, de tal manera que unas serán más importantes que otras. ¿Dónde surge el criterio, diremos así, para determinar la trascendencia de una cualidad sobre otra? Es natural que vendrá del interés vital. El objeto "alpiste" es ya, una abstracción creada por la télesis vital, de donde resulta que el objeto aparece con estructura axiológica, dado que se trata de un conjunto de estímulos definidos en forma biocéntrica". En el caso del hombre, han dado una interpretación semejante para sus conocimientos, algunos epistemólogos, tales como Mach, con su teoría económica del concepto, que convierte a la ciencia en conocimiento antropocéntrico. Poincaré con su "principio de la comodidad"; Eugenio D'Ors con su doctrina de la lógica como inmunidad biológica; Vaihinger con su concepción de los conceptos científicos como ficiones heurísticas; y tantos otros. Las ciencias tendrían así una base axiológica y no ontológica. Por otra parte, está también el caso cotidiano en que los juicios de valor se presentan como juicios de conocimiento y realidad, cayéndose así en lo que Alberini llama "la degeneración ontológica del valor". La función de la psicología axiológica tendría así, como misión fundamental, la exploración de toda actitud axiológica, manifiesta o subrepticia, que pudieran ofrecer las construcciones intelectuales, para saber si queda algún residuo no reducible a valor. Se indagará los hilos de la racionalidad objetiva, fundándose la posibilidad del conocimiento objetivo de las ciencias y la filosofía, es decir la existencia de un pensamiento autónomo. Este pensamiento será, como las otras actividades de la vida psíquica, una forma de ésta y no su negación como quieren por lo general los vitalistas. El pensamiento, el logos, es vida. El pensamiento alumbró a la vez la actividad axiológica del hombre. "Se diría —expresa Alberini— que el pensamiento, creado por la fuerza axiogénica de la vida, reacciona contra el impulso progenitor, pero continuando su esfuerzo creativo en sentido ascendente. Así el pensamiento es el valor de los valores, pues nadie sino él es capaz de reconocerlos y crearlos". El logos funda la personalidad humana. Se llega al logos por el valor y al valor por el

logos. Al estudio de esta última etapa de la trascendencia de la vida, Alberini la llama logogenia. Esta disciplina penetra, organiza y fundamenta la vis estimativa o impulso axiológico de la vida, así como la propia objetividad del pensamiento como autoconciencia del logos. Así se arriba a un idealismo racional que engloba dentro de sí la filosofía de la vida de Nietzsche, de Bergson, de Driesch. Este idealismo racional de Alberini está exento de espíritu panteísta y afirma el carácter sustantivo de la personalidad humana.

La personalidad humana

El tema de la personalidad humana, lo ha desarrollado Alberini en una larga e intensa monografía publicada en 1925, con el nombre de *El problema ético en la filosofía de Bergson* (13). En aquella época no había aparecido el libro del filósofo francés sobre *Las dos fuentes de la moral y la religión*. El trabajo tiene interés, no sólo desde el punto de vista crítico, sino desde el ángulo de la doctrina de la personalidad del pensador argentino. Para Alberini la personalidad es la autoconciencia libre y eficiente de la individualidad. Puede haber ideas sin personalidad, pero no puede haber personalidad sin ideas. Para aclarar estos conceptos recordemos con el propio autor las distintas clases de individualidades: 1) el todo como unidad, el todo de la realidad, que para el caso no interesa de momento; 2) la unidad matemática, de carácter abstracto y susceptible de dividirse en otras unidades; 3) la unidad mecánica; 4) la unidad biológica, que puede existir sin que el organismo tenga conciencia de ella, y cuya característica es la finalidad; 5) la unidad humana, donde la individualidad biológica se torna en autoconciencia, es decir, en personalidad. Al rasgo de la autoconciencia, Alberini agrega el de la "eficiencia", que implica que ciertos actos tienen raíz en la personalidad humana, o lo que es lo mismo, que son actos libres. Y la libertad es siempre libertad de alguien.

El hombre se diferencia del animal porque es un ser relativamente libre. Es libre dentro del tiempo y el espacio; su conducta está vinculada al mundo inorgánico, al mundo orgánico, al mundo social, al mundo inconsciente, etc. La libertad es el rasgo privativo del hombre. "El hombre —escribe Alberini en un estudio inédito sobre la *Filosofía de la catarsis*— es comparable a un ser que estando sumergido dentro del mar, de cuando en cuando emerge la cabeza afuera y logra contemplar la belleza del cielo; y esa emergencia es lo que se llama personalidad, está hecha de pensamiento y valores". Pero la libertad no es tal si no es cognoscitiva, si no está alumbrada por el pensamiento. La personalidad, por su parte, no se confunde con el temperamento, el carácter o el temple de la psiquis. Es la parte de la psiquis que está hecha de acción libre y de la práctica de los valores. Todo lo demás no es sino automatismo, que sin duda tiene un enorme valor cuando toma forma normal. Por eso la libertad es un valor o un autovalor. La psiquis humana como conciencia volitiva interna o externa, es lo que Albe-

(13) Coriolano Alberini: *El problema ético en la filosofía de Bergson*. En los *Anales del Instituto Popular de Conferencias* del diario "La Prensa", Tomo XI, pág. 307 y sgtes. Buenos Aires, 1925.

rini llama libertad. La obra no es sino la libertad en fruto. Si se deshoja a la libertad del logos, se la torna acéfala, se la niega y se la convierte en espontaneidad romántica. Alberini no coloca la libertad en un ambiente anti-intelectualista, porque en lugar de purificarla la destruye. Es como si pudiéramos la vida en una campana neumática. En suma: el *quid* para que exista la personalidad es el pensamiento.

Alberini disfraza de crítica sus afirmaciones personales y expone sus ideas en forma densa y a veces elíptica. Así nos dice que la conciencia de la individualidad multiplica la individualidad de la conciencia; que la libertad supone la persona y ésta implica la individualidad; que el soberano bien no es la libertad acéfala, ya que ésta no es forma ética de la personalidad; que no hay libertad creadora sino en mínima parte; y que el espíritu humano, modo superior de la psiquis, es una forma de duración concreta, algo así como la materia prima del espíritu superior, pero por sí sola no constituye la vida psíquica de la personalidad. "Es como el oro y la alhaja, aclara Alberini. La libertad, actividad siempre intermitente, es racional por esencia. . . . Es absurdo matar la razón para salvar la libertad como novedad metafísica. La libertad, discontinua y relativa, supone duración, sí, pero también hábito, es decir, pasado, tradición, y ésta merece que la razón volitiva se trueque en tradición creadora, ya que la libertad es cronotópica".

La personalidad ética

El problema ético es ante todo el problema de la libertad, porque sin eficiencia humana no es posible pasar del ser al deber ser. Es bien sabido que la ética está gobernada por el espíritu normativo y para que se realicen las normas y valores éticos, es preciso la libertad, la conciencia y la autoconciencia. El hombre lucha por la vida consciente. Alberini recuerda las doctrinas religiosas y místicas acerca de la inmortalidad del alma, ya sea terrenal o de ultratumba. Todas ellas suponen la realidad de la conciencia y de la autoconciencia. Cita una anécdota de Unamuno en su libro *El sentimiento trágico de la vida*. "Ocurrió que el afamado escritor español, amante de las teorías místicas, anduvo de paseo por la campiña de los alrededores de Salamanca y entabló conversación con un viejo mendigo, al cual preguntó si creía en Dios. "Pues, sí señor", le respondió. Y Unamuno entonces le preguntó: dime: ¿Tú crees en la inmortalidad? "Pues, sí señor", contestó el anciano. Y Unamuno le hizo esta pregunta final: ¿Y si hubiera Dios y no inmortalidad? ¿A tí que te parece? "Entonces —dijo el viejo— para qué Dios". Nada más evidente que al hombre le interesa la inmortalidad y Dios como garantía de ella". Pero dejemos a Unamuno. La psiquis tiene, según Alberini, una zona relativamente libre, en forma de pensamiento, voluntad y sentimiento. En esa zona la vida psíquica realiza una especie de retroversión para poder avanzar. Algo así como los actuales aviones que avanzan a retropropulsión. . . . Producido el vuelo del espíritu humano, el hombre tiene un horizonte que no posee el animal. Ese impulso alado es el enigma subjetivo de que hablaba Paulov, siempre que no se sueñe demasiado con el espíritu del cielo. La mayoría de los psicólogos y los filósofos se hacen los desentendi-

dos ante este problema que se ha dado en llamar el problema psicofísico. Se parecen al avestruz que esconde la cabeza para no verlo...

La vida psíquica humana culmina en el logos, que permite descubrir la objetividad pura, ya sea del valor, ya sea de la realidad. Mediante el logos llegamos a las normas éticas y axiológicas objetivas, así como a los juicios de conocimiento en las ciencias y la filosofía. El logos descubre los problemas éticos: a) el problema del sentido y el valor de la vida; b) el problema del bien; c) el problema de la acción moral. La logogenia, de la que ya hemos hablado, se convierte ahora en teoría de los valores, y su misión consiste en mostrar lo que objetivamente debe ser. Mediante ésta, el hombre se libera de la subjetividad y la particularidad y se proyecta hacia lo universal y objetivo en el orden moral y de la cultura. De esta manera también la voluntad cuenta con un contenido axiológico, y la misma libertad es también un valor para Alberini (14).

La cultura

La psiquis es, según Alberini, la forma subjetiva de la vida. El espíritu es esencialmente subjetivo. Se forma a través del llamado espíritu objetivo, pero éste no es más que la actividad de los otros espíritus, ya sean antepasados o contemporáneos. Admitir la cultura en sí, o sea, el espíritu objetivo, es incurrir en el llamado realismo social. El llamado espíritu objetivo no progresa. Sólo la actividad espiritual del hombre, en comunión con todos los demás hombres, puede progresar. Alberini opone así una especie de nominalismo social al realismo social.

Esta especie de nominalismo social, considera que el espíritu individual, del que nos valemos para evaluar, es lo que más vale. Vale más que sus obras. Hablar de espíritu subjetivo es un pleonismo. El espíritu es esencialmente subjetivo. El llamado espíritu objetivo es una "cosa", no un proceso, no es propiamente espíritu. Esa "cosa" se desarrolla a través del sujeto, en fecundación recíproca, es decir, como tradición. Por donde Alberini, entiende por cultura la actividad psicológica y espiritual, informativa, activa y creadora, que se somete a los valores cardinales del espíritu, en primer término, al espíritu mismo, o sea en forma de personalidad humana, esto es, del valor de los valores.

Otros aspectos presenta en Alberini la cuestión de la cultura. Su fuerte sentido de lo concreto le lleva a negar, como hemos dicho, la cultura en el sentido de cultura o espíritu objetivo. El espíritu es siempre subjetivo e individual y sólo él tiene actividad. La cultura en el sentido de cierta calidad de espíritu, surge de la formación de capacidades intelectuales, de virtudes morales y de altura de sentimientos. Esa calidad de espíritu constituye cierto estilo personal, individual, que da sentido a los actos humanos y el carácter de las personas. Alberini distingue tres matices en el concepto de cultura así dibujado: la cultura general, la cultura especial y la cultura fundamental.

(14) Coriolano Alberini: *Croce y la Metafísica de la libertad histórica*. En el volumen de "Homenaje a Benedetto Croce", pág. 39 y sgtes. Instituto de Literatura Italiana. Buenos Aires, 1955.

La cultura general tiende a una formación enciclopédica. De ella se ha dicho con ingenio, que está hecha de ignorancias particulares. "Lo importante —escribe Alberini— no está en saber demasiado, sino en tener criterio y espíritu crítico, y conocer cómo debe hacer el estudioso para saber lo que ignora". Es la única manera de eludir la superficialidad y a la vez la estrechez de espíritu. La cultura es una e indivisible, pero no es posible poseer todas las formas del saber. Hay que limitarse, pero indagando con profundidad, que es una manera de ganar en universalidad.

Muchas críticas se han hecho a la cultura especial o de los especialistas. Esas críticas han nacido en Europa, donde alrededor de la cultura especializada, como virtud, han proliferado lacras malignas como las subespecialidades y la fragmentación sin criterio orgánico y científico de las ciencias. Después se han extendido a los países latinoamericanos, donde apenas comienza a tenerse idea de la investigación especializada en el campo de los conocimientos científicos. En ellos aquellas críticas no tenían razón de ser. No existían los vicios porque tampoco habían existido las virtudes.

Cultura fundamental llama Alberini a la filosófica, a la que da el sentido de los problemas cardinales que puedan exaltar el interés humano. La filosofía en cualquiera de sus formas, es el estudio vivido o pensado de la esencia de la realidad y la idealidad. El hombre es un animal metafísico, tiene conciencia de sí mismo y se ve obligado a plantearse problemas acerca del fundamento de su conducta, problemas deontológicos, y acerca de la naturaleza de la realidad, problemas ontológicos. La filosofía es la cultura fundamental, porque se ocupa de los problemas cardinales, que son tres: el gnoseológico, el metafísico y el axiológico. El primero se refiere al valor del conocimiento; el segundo, a la realidad última y el tercero a los valores e ideales humanos. Esas cuestiones constituyen las tres caras de una pirámide, cuya punta es la filosofía.

Cuando se ahonda la cultura especializada, por fuerza se llega a la filosofía, a la cultura de fundamentos. Las ciencias positivas y matemáticas, y desde luego las humanidades, están íntimamente vinculadas con la filosofía, especialmente a través de la epistemología, y luego a través de las cuestiones gnoseológicas y metafísicas, que son inesquivables en todo hombre culto. La cultura fundamental hacer ver la unidad de la cultura. A esta cultura se la podría llamar también humanista, aunque el término sea muy discutido. ¿Cuáles son los caracteres que distinguen al hombre? Alberini responde así: "El hombre es un ser relativamente libre. Es libre dentro del espacio y el tiempo, de manera que su conducta está vinculada con el mundo inorgánico, el mundo orgánico, el mundo social, el mundo inconsciente, etc. Pero ello no basta. Hay que buscar un carácter que sea privativo del hombre, y ese rasgo no es sino la libertad, así sea una libertad limitada". Esa libertad pensante o pensamiento libre es la esencia de la personalidad humana. Está ella hecha de acción libre y de práctica de los valores. Por eso es que la palabra "Humanidades" simboliza "los ideales de la cultura fundada en la idea de personalidad", que es siempre individual. La personalidad es como el hilo que pasa a través de muchas cuentas, las cuentas son los pensamientos. La individualidad, el pensamiento, la libertad, es de-

cir, la autoconciencia libre y eficiente, son las notas de la personalidad. Muchos filósofos sacrifican alguna de ellas para que el hombre entre en sus sistemas filosóficos. Le recuerdan a Alberini, la perra de Sisebuta, que pierde la tercera dimensión para pasar por debajo del umbral de la puerta...

La Nación

Así como la cultura es la actividad, individual o colectiva, regulada por los valores cardinales del espíritu, sean immanentes o trascendentes, tales como los valores filosóficos, estéticos, técnicos, económicos, etc., del mismo modo la Nación es, según Alberini, "una realidad impersonal, de cierto género, que, si bien se mira, el individuo encuentra en el fondo de su psiquis. Tiene algo de don espléndido de la fatalidad geográfica e histórica, capaz, sin duda, de coexistir con una libre y racional iniciativa humana" (15). La humanidad no existe en abstracto, sino en forma concreta en las naciones, de mayor o menor vocación civil. "Toda persona es, en cuerpo y alma, y sobre todo en alma, según le ha permitido serlo el ambiente histórico donde ha vivido. Su prístina forma anímica depende, en substancia, del paisaje y de la tradición. Sólo así el individuo puede actualizar sus virtualidades fecundas para el legítimo porvenir espiritual de sí mismo y de la sociedad, progenitora a su vez, de la cultura de sus componentes. En el hombre alientan valores que la tradición elabora al margen de la conciencia individual, y se revelan en la obra de los próceres, junto a cuyo espíritu convivimos libremente para vivir con dignidad". Y añade más adelante: "El sentimiento de Nación sabe, en definitiva, a honda y noble fuerza instintiva, que, luego de una luminosa autoconciencia histórica trueca en meditado imperativo ideal de Patria. La persona transfigura así lo que ha recibido en forma de ineluctable tradición". Esta idea de Nación y de Patria se conecta con las ideas que profesaron hombres como Echeverría y Alberdi, que tuvieron como mentor el historicismo romántico de Herder, Savigny, Lerminier y otros filósofos de fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente. Como ellos, y como Sarmiento, Alberini profesa no lo que se llama nacionalismo histórico, sino lo que él denomina nacionalismo progresivo. El uno proyecta la nacionalidad en los valores realizados en el pasado histórico y tiene un sesgo demasiado conservador. El otro, se proyecta hacia adelante, hacia el futuro, en busca de nuevos valores y realizaciones, haciendo pie en el pasado. Este es el nacionalismo que conviene a pueblos nuevos, con territorios inhabitados y con grandes posibilidades materiales y espirituales.

Desde el punto de vista axiológico, las naciones se caracterizan por el sistema de valores, por la peculiar manera de ver el mundo y la vida. Más que los mismos rasgos antropológicos, diferencia a las naciones el fondo axiológico que anima a sus pueblos. Tal fondo axiológico puede ser oscuro, más vivido que pensado, pero siempre existe en las realidades nacionales. Cuando ese fondo axiológico se ilumina por medio del pensamiento adquiere un carácter normativo, que va desde normas de los grupos hasta las normas de la Nación. Es el sistema de los valores lo que distingue a un

(15) Coriolano Alberini: *La Patria en la Universidad*. Discurso de entrega del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, 3 de julio de 1941.

francés de un italiano, un alemán o un inglés. Cuando el sistema de valoraciones de una Nación se convierte en excluyente de otros sistemas, se tiene con un carácter estrecho y antipático. Las valoraciones a lo Maurice Barres, por ejemplo. La incubación del fondo axiológico de la Nación es actividad continua de la comunidad, a la que concurren las gentes con su capacidad creadora e inventora de nuevos valores y apreciaciones inéditas.

Cuando la Nación cree que sus valores son los únicos legítimos y verdaderos, prácticamente les da carácter de ideales y de valores y normas excelentes, que tiende a imponer a otras comunidades. Este es el caso del imperialismo en cualquiera de sus casos. El imperialismo es tan estrecho como el nacionalismo grueso. Este propone el sistema de valores de la Nación con el carácter de exclusividad. Aquél cree que es el único legítimo y se propone imponerlo por los medios que sean. Olvida que "todo pueblo, aun el más grande y en el mejor de sus momentos, jamás ofrece intuiciones axiológicas completas, pues sus valores, con ser relevantes, no logran agotar las intuiciones posibles ni reemplazar los creados por otros pueblos" (16). Aunque el imperialismo va generalmente aliado con el nacionalismo, cabe también el imperialismo de las democracias, que es lo que ocurre en los hechos. "Si la democracia es como es —dice Alberini—, o un poco mejor, entonces nos bastará con recordar que existen pueblos imperialistas, no obstante de tratarse de grandes democracias de tal o cual color. Por otra parte, también sabemos que la política imperialista alguna vez surgió de una imposición democrática. Puede el imperialismo ser credo oligárquico, pero no está probado que no pueda serlo también popular, máxime cuando se trata de una política imperialista cuyas consecuencias económicas elevan, o cree que elevan, el nivel económico de todas las clases sociales de un pueblo democrático pujante en lo económico o en lo meramente ideológico. Puede existir un imperialismo místico de origen democrático, que no dejará de ser imperialista, a pesar de lo seráfico de sus promesas". En suma: el imperialismo es una forma de nacionalismo expansivo.

Contra la axiología nacionalista se alza la del internacionalismo. Ella pide una humanidad sin valoraciones locales, sin las particularidades históricas y geográficas que dan color local a las naciones. Es, en estos términos, una doctrina que toma al hombre como si fuera siempre el mismo en todos los lugares y en todas las épocas. La realidad puede más que las fórmulas del internacionalismo, que han hecho muy poco progreso a pesar de que hace ciento cincuenta años que las formuló don Jeremías Bentham. Toda nacionalidad es una nueva manera de vivir la vida humana.

¿Cómo resolver esta aparente oposición entre nacionalismo e internacionalismo? ¿Entre regionalismo y universalismo? Alberini coincide aquí con la respuesta que, a su hora, dio Alberdi, aunque los términos sean distintos. No hay oposición entre nacionalidad y humanidad, ya que esta última tiene presencia y se realiza a través de aquélla. Lo universal se encarna en lo particular y lo particular se eleva a lo universal. Hay un movimiento de ida y vuelta entre ambos términos, un proceso de simbiosis, fuera del cual los tér-

(16) Coriolano Alberini: *La filosofía y las relaciones internacionales*. En la revista *Verbum*, Tomo 69, Buenos Aires, 1927.

minos considerados en forma aislada, resultan abstractos y vacíos de contenido. Alberini lo dice así: "Toda nacionalidad es una nueva manera social de vivir la vida humana. El espíritu nacional es el particular axiológico que en determinado tiempo y lugar aparece en la vida múltiple de la humanidad. Ahora bien, si la vida humana no existe sino en sus *modos*, y la humanidad, por tanto, sólo vive en sus formas nacionales, no es menos cierto que la vida tiende perennemente a trascender sus concretas encarnaciones particulares. Este concepto permite evitar que se sacrifique lo universal a lo particular o viceversa. Si exaltamos exclusivamente lo universal, caemos en la vacuidad de una abstracción, pues olvidáramos el carácter efectivo de las creaciones axiológicas espontáneas de la evolución nacional; en cambio, si exageramos hasta el exclusivismo la importancia de la particularidad nacional, la filosofía de los valores humanos se vuelve ininteligible, pues nos halláramos con un nominalismo que por ser absoluto resultaría amoral" (17). En otro lugar insiste en estas ideas: "El espíritu humano sólo existe en forma de humanidad concreta. No hay espíritu fuera de la historia. La humanidad, cosa universal, sólo existe en forma de nacionalidades, cosa particular, pero si aquella vive en sus formas concretas llamadas naciones, no es menos cierto que éstas sólo logran fecundar su índole merced a la conciencia del espíritu de universalidad que en ellas alienta. Se diría que el espíritu humano toma forma de nacionalidad para mejor cumplir su esencia universal que en ellas alienta. Se diría que el espíritu humano toma forma de nacionalidad para mejor cumplir su esencia universal, y la experiencia histórica prueba que no podría cumplirla de otro modo. Poco importa que tal o cual proceso se realice sin que los pueblos tengan a veces, clara conciencia de ello. Revelar el hecho y darle forma consciente y doctrinaria en nombre de una filosofía de los valores humanos, he ahí el papel de los filósofos cuando se dedican a elaborar los conceptos fundamentales del derecho internacional, que no es derecho sino en la medida de su aporte a la unidad ética de la humanidad". Alberini ha dedicado mucha atención a los conceptos de nación y de humanidad, y ha resuelto el problema de su aparente antinomia en la misma forma que Alberdi, para quien existía una forma argentina del progreso universal. Ha buscado también entroncar sus propias ideas con la mejor tradición que tiene el país en tal sentido. Para ello recomienda, y él mismo lo ha hecho en varios trabajos, el cultivo de una fuerte e inteligente conciencia histórica, uno de cuyos principios básicos expresa que no se puede hacer historia fuera de la historia. Y todo argentino culto debe aceptar esa verdad.

Diego F. Pró

(17) Coriolano Alberini: *La filosofía y las relaciones internacionales*. Ya citada.